

Lia
Foster

¡QUIÉREME
sin MIEDOS!

Un amor forjado entre dos culturas

QUIÉREME SIN MIEDOS

Lia Foster

Quiéreme sin miedos.

©Todos los derechos reservados.

©Lia Foster.

1ªEdición: Mayo, 2019

Es una obra de ficción, los nombres, personajes, y sucesos descritos son productos de la imaginación del autor. Cualquier semejanza con la realidad es pura coincidencia.

No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, sin el permiso del autor.

Para vivir una verdadera historia de amor, solo necesitamos cerrar los ojos y derribar cada una de las barreras que nos hicieron creer que existían.

Capitula 1

Capitula 2

Capitula 3

Capitula 4

Capitula 5

Capitula 6

Capitula 7

Capitula 8

Capitula 9

Capitula 10

Capitula 11

Capitula 12

Capitula 13

Capitula 14

Capitula 15

Capitula 16

Capitula 17

Epilogo

Capítulo 1



El sonido del despertador me hizo volver a la realidad.

Un ligero frío se sintió en la habitación, me acurruqué un poco al comprobar que aún me quedaban cinco minutos más, tenía mal cuerpo, síntomas de resfriado, pero yo pensaba ir a trabajar, era cabezona como la vida misma.

Puse a llenar la bañera mientras me hacía un expreso en la cafetera de cápsulas, era mi vicio, sin mi café no era persona, aproveché para mirar el *Facebook*, me encantaba estar al tanto de las tonterías que ponían mis amigas Lucía y Bea, en muchas de ellas solían etiquetarme.

Después de un relajante baño salí directa en mi coche hacia el trabajo.

Llegué a las bodegas de mi padre donde yo trabajaba y me pedí en la cafetería un buen desayuno, eso era imperdonable, necesitaba entrar al despacho con fuerzas ya que yo me involucraba de forma muy personal, me desconectaba esas horas del mundo y me volcaba de lleno en el trabajo, me encargaba de la exportación de nuestros vinos.

Al ser una empresa familiar es como que te dejas más la vida, eso me pasaba a mí y sobre todo a mi hermano que llevaba más peso que el mío, pero él lo vivía, era el sucesor de mi padre en todos los sentidos, seguía sus pasos de forma veloz.

Vivía de forma independiente, estaba a punto de cumplir los cuarenta años y no había sido capaz de mantener un largo periodo una relación, al final siempre me decepcionaba algo, mis padres decían que iba a morir soltera pero a mí me daba igual, era feliz, presumida, me encantaba estar siempre bien peinada con mi melena castaña tirando a rubia, a media espalda, muy cuidada, lisa pero con mucha forma y tenía como debilidad los tacones.

Esa mañana estaba preocupada, el fin de semana tenía proyectado irme a Marruecos con mi amiga Lucía, siempre solíamos escaparnos a aquel país un fin de semana al mes, era nuestro lugar de desconexión, de pasear, de respirar la vida al otro lado, tan cerca y tan diferente a la vez. Así que, tenía que recuperarme de este resfriado.

Desde que conocí aquel país me enamoré de todo lo que tenía que ver con él, los olores, colores, la vida que se respiraba al caer la noche, la paz del pueblo donde yo decidí comprarme una casa para perderme de vez en cuando. Aquello me cargaba de energía.

Lucía era una preciosidad, morena, con una impresionante melena, era de lo más sensual, tenía treinta y cinco años, también vivía sola, solíamos quedarnos de vez en cuando una en casa de la otra, éramos inseparables, congeniamos a la perfección.

Los días pasaron volando y la noche anterior me llamó Lucía emocionada.

—Natalia ¡Unas horas!

—Hola, Lucía. Claro, a descansar y por la mañana nos vamos.

—Estoy agotada, necesito desconectar, además de sexo, pero eso veo que lo voy a tener más difícil, así que me conformo con ir a pasear por allí, tomar un té, respirar eso que solo se puede hacer allí.

—Lo del sexo nunca se sabe —solté una carcajada —Bueno, solo quedan horas.

—Sí, la verdad que me iba ahora mismo, estoy aburrida.

—Venta para mi casa y te quedas aquí, así salimos mañana temprano.

—Pues sí, además estoy ya duchada y con todo preparado.

—¿Todo? Será el bolso —reí por lo exagerada que era, teníamos ropa en Marruecos y cargábamos con lo mínimo.

—Bueno voy para tu casa, compro pizza por el camino.

—De cuatro quesos ¡Por favor!

—Vale, una de cuatro quesos y otra de barbacoa, nos vemos ahora.

—Ok, me voy duchando.

Eso hice, conociéndola lo haría todo en veinte minutos así que, me preparé y un rato después ya entraba pizzas en mano.

—Qué bueno está el que me atendió, es nuevo, se llama Jaime, pero para mí será Jaimito a partir de ahora —soltamos una carcajada.

Pusimos las pizzas sobre la mesita que había frente a los sofás y nos sentamos mientras escuchábamos un programa de televisión.

—Por cierto, mi vecina Paula hoy apareció con otro hombre —dijo recordándome que venía diciéndome que hace tiempo que no veía por allí al marido.

—¿¿¿Está con otro???

—Eso parece, lo llevaba de la mano y lo metió en el ascensor. Blanco y en botella, se lo tira al menos.

—Joder pues el marido era un bombón.

—Y este, y este, encima tiene hasta suerte —dijo poniendo cara de placer mientras mordisqueaba la pizza.

—Y nosotras nos quedaremos para vestir santos —puse los ojos en blanco.

—Al final nos tenemos que casar la una con la otra, siempre nos quedará hacernos pareja —sonrió maléficamente.

—Pues claro, todo es cuestión de probar, lo mismo nos gusta y todo —negué con la cabeza mientras reía.

Nos quedamos dormidas en los sofás, charlando, bromeando, pero como siempre tan unidas, tan amigas, tan apoyo la una de la otra.

El viernes me levanté mucho mejor y tras una ronda de café salimos hacia Tarifa para coger el Ferry de la compañía *FRS* que nos llevaría a Tánger, nos encantaba ese trayecto, solíamos ponernos en el exterior, a tomar un café con un cigarro, mirando la travesía donde a veces teníamos la suerte de ver como nos seguían los delfines, eran unos momentos de los más especiales, ahí comenzaba realmente nuestra aventura.

—Toma el café —dijo Lucía que había vuelto de ir a por ellos.

—Qué ganas tenía de que llegara este momento, empezar a disfrutar del viaje, a desconectar de toda la obligación laboral —resoplé.

—Yo también, la semana se me hizo de lo más pesada —puso los ojos en blanco.

—Hola —dijimos al ver a uno de los chicos policías marroquíes del barco que había salido a fumar un cigarro y al que conocíamos después de tantos trayectos.

—Hola ¿Qué tal estáis? —preguntó poniéndose a nuestro lado.

—Bien ¿Y usted y su familia? —pregunté.

—Bien. Alhamd Lillah. Shukraan —Dijo refiriéndose que gracias a Dios, además de un último gracias a mi pregunta —Os gusta mi país y eso me pone contento.

—Amamos a su país, a su gente y a su cultura —dijo Lucía de forma intensa, pero era lo que realmente sentíamos.

—Es bueno escucharlo, todos no tienen el mismo concepto.

—Quién no lo tiene es por desconocimiento, desinformación, ideas cogidas inequívocas —dije antes que me interrumpiera Lucía.

—Por no viajar, si viajaran se darían cuenta de que todo está en su cabeza y no en este bello país.

—Me alegra mucho que habléis así.

Se fumó el cigarro y entró para dentro, al control de pasaporte, por donde todos teníamos que pasar para poner el sello antes de bajar.

Una hora después estábamos bajándonos en el puerto, ya se respiraba ese ambiente que hacía tan especial y caracterizaba tanto a aquel país, era algo increíble, me sentía libre, relajada, me transformaba con solo pisar ese trocito de África.

—Ahora sí, en Marruecos —dijo Lucía tocando emocionada las palmas.

Nos montamos en un taxi y nos fuimos hacia Chaouen, un pueblo enclavado en las montañas del Rif, con sus calles de color azul, toda una joya de lugar donde compré una casa muy barata y me la reformaron, era para mí algo muy especial tener algo allí, esa excusa para siempre volver.

Siempre había soñado en tirarme un año sabático y quedarme aquí, tenía esa ilusión, vivir durante un año en Chaouen.

Lo mejor de todo es que nunca traíamos maleta, teníamos en la casa ropa y todo lo necesario, de vez en cuando sí que echábamos algo nuevo para renovar, pero no siempre.

Layla era la chica de confianza que me cuidaba la casa, me la limpiaba, cocinaba cuando veníamos, era más que una amiga, tenía cuarenta años y dos hijos, su marido trabajaba en la montaña.

Al abrir la puerta ya podíamos oler la comida.

—¡Hola! —dije emocionada al ver a Layla con su amplia sonrisa, le dimos un abrazo.

—Os echaba mucho de menos —respondió dándonos una infinidad de besos.

—Nosotras a ti también —añadió Lucía feliz.

—Tengo un cotilleo muy grande...

—Layla, por favor, ya estás tardando —cogí un té de la bandeja que nos había preparado.

—Han vuelto la familia más rica de todo el Rif, los de la mansión de la entrada de Chaouen.

—Me han hablado de ellos, pero nunca los conocimos —dije mirando a Lucía.

—Todos los respetan pues siempre ayudaron mucho a la gente del pueblo, es un matrimonio de unos sesenta años con dos hijos, Abdul de cuarenta...

—Ese para mí —interrumpí riendo.

—Naser de treinta y cinco entonces para Lucía —dijo riendo.

—Eso, para mí —soltó una carcajada.

—Son muy guapos, educados, cercanos, la gente los adora.

—Nosotros también ¿Verdad? —pregunté a Lucía bromeando.

—Por supuesto, no lo conocemos pero somos sus fans número uno —nos sacó la lengua provocando una sonrisa en Layla y en mí.

—Venga sentarse, os preparé un Tajín de Ternera con ciruelas que está delicioso.

—Todo lo que cocinas lo está.

—Eso es que me queréis mucho —sonrió.

—Eso aparte, pero de que cocinas bien es indiscutible.

Después de comer salimos a dar una vuelta a la plaza Outa El Hamman en plena medina, llena de terrazas donde nos sentamos a tomar un té. A respirar ese ambiente que hacía regresar cincuenta años atrás.

Era todo un ir y venir de gente del lugar, de turistas de todas partes del mundo, pero los del pueblos nos saludaban todos, éramos allí conocidas, venga a levantar la mano, parecíamos las princesas consortes de Inglaterra en aquella silla con la mano saludando a todo Dios.

—Joder, mira esos dos tipos ¡Están de muerte! - exclamó Lucía.

—¿Te imaginas que son Naser y Abdul?

—Pues por la descripción tienen toda la pinta y encima vienen hacia aquí —soltó una carcajada.

—Pues si son así de guapos y encima con dinero, no deberíamos de perder el tiempo —le hice una burla provocándole una carcajada.

—Calla, que se acercan.

Contuve la respiración cuando pasaron por nuestro lado para sentarse en la mesa de al lado y nuestras miradas se cruzaron, la tuve que retirar del

nerviosismo que me había producido.

—Tienes una cara de gilipollas que no puedes con ella —me dijo en voz baja mi amiga.

—Calla, me he puesto de lo más nerviosa —me encendí un cigarro.

—¡No me digas! No me había dado cuenta...

—¡Tonta! —le saqué la lengua.

—Con permiso —irrumpió el camarero poniendo sobre la mesa un plato de dulces típicos —Esto os lo invita el señor Naser y Abdul —dijo señalando a los chicos de al lado.

—Ah —lo miramos con cara de gilipollas y nos pusimos la mano en el pecho sonriendo, mirándolos en señal de agradecimiento —Shukraan —dije dándole las gracias.

—¿Es la primera vez que venís? —preguntó uno de ellos.

—¡No! —solté una carcajada —Tengo una casa aquí —sonreí.

—Oh, eso es estupendo, bienvenida.

—¡Gracias!

—Podéis sentaros aquí con nosotros —dijo sin cortarse ni un pelo, pero nosotras accedimos y nos fuimos con ellos a su mesa.

—Yo soy Abdul y es el Naser.

—Natalia y Lucía —dije sonrojada —No os había visto nunca por aquí —dije como si no supiera que habían acabado de volver al pueblo.

—Estuvimos unos años viviendo en Marrakech, pero mi familia y yo, añorábamos la vida aquí en el pueblo y decidimos retornar. Yo soy profesor y

conseguí traslado de Marrakech a Tetuán y mi hermano —señaló a Naser que ya charlaba de modo independiente con Lucí —también consiguió plaza en Tetuán, él es médico.

Su familia era acomodada, habían heredado tierras, ayudaban a los más desfavorecidos, no le hacía falta trabajar pero ellos lo hacían, todo eso me lo contó Layla, además que sus padres a pesar de ellos no necesitar trabajar siempre le inculcaron la obligación de hacerlo.

—¿Y ustedes a que os dedicáis?

—Lo mío está feo decirlo —solté una carcajada.

—¿Y eso? —sonrió con cara de extraño.

—Tranquilo que no soy puta —rompimos a llorar de la risa, Naser y Lucia también al escucharme —Pero por vuestra religión, cultura... no está bonito, vamos —volví a reírme —Mis padres tienen unas bodegas importantes y yo trabajo en ellas —puse los ojos en blanco.

—Eso es estupendo, tendré que ir a probarlo —arqueó la ceja.

—Mira, pues no fue tan grave el asunto —dije bromeando —Ella —señalé a Lucia —tiene una tienda de moda con varias empleadas.

—¿Y no tenéis marido?

—No nos aguanta ni Dios —volví a soltar una carcajada tremenda.

—Eso no me lo creo —sonrió.

—¿Y tú?

—¿Yo? No te aguantan a ti, imagínate a mí —tenía un sentido del humor buenísimo.

Tras tomar varias té, nos invitaron a cenar a un precioso Riad al que Lucía y

yo habíamos frecuentado varias veces.

Eran muy simpáticos, tenían una nobleza especial, un carisma impresionante, la cena se pasó volando entre risas.

—Mañana estáis invitadas a comer a nuestra casa —dijo Abdul.

—Pues allí estaremos —dijo Lucía sin cortarse un pelo.

—A la una os recogemos...

—A sus órdenes —estaba mi amiga de lo más graciosa.

Nos dimos los teléfonos, nos añadimos al Facebook mientras tomábamos otro té después de la cena y Abdul se puso a revisar mis publicaciones de la red mirándome con la ceja levantada por las fotos en bikini.

—Española —dije a modo broma.

—Ya... —sonrió sin dejar de mirarlas.

Luego nos acompañaron hasta la puerta de casa que al abrir Layla se quedó sorprendida al verlos allí.

—Buenas noches —dijo en general y los chicos le respondieron con la misma amabilidad, luego se fueron.

—¡Contadme! No se os puede dejar solas ¿Como disteis con ellos?

—No, ellos fueron los que dieron con nosotras —dije en plan chulesco muerta de risa.

—No me lo puedo creer.

—Nos invitaron a té, a cenar y mañana a su casa a comer.

—¿¿De verdad???

—¡Sí! —exclamamos las dos muertas de risa.

Layla se fue para su casa alucinando en colores, con las manos en la boca y negando con la cabeza.

Capítulo 2



Me levanté y lo primero que me vino a la cabeza fue la imagen de Abdul, sonreí sin poderlo evitar.

Bajé al salón y ya estaba ahí Lucía desayunando, Layla había preparado como siempre una salvajada, zumos, té, café, tostadas, crepes...

—Coge fuerzas por si nos violan —dijo Lucía bromeando ante la cara de impresión de Layla al escucharla —soltamos una carcajada.

—Pues me relajo y disfruto —dije mientras me sentaba.

—¿Estarán sus padres? —preguntó Layla.

—No —respondió Lucía rápidamente —solo el personal de servicio, por lo visto hoy se iban a no sé dónde.

—Ustedes tened cuidados, aunque esa familia es muy respetable, jamás tuvieron un problema con nadie —dijo Layla.

—Tranquila, a hostias nos liamos si se ponen tontos —dije bromeando.

—¿Tontos? Sí tienen una cara los pobres de buenos —Lucía negaba riendo mientras hablaba.

—Ellos buenos y nosotras unas capullas ¡No saben dónde se han metido!

—Oye mira, capulla tú —dijo riendo Lucía.

—Capulla las dos —le saqué la lengua ante la risa de Layla que andaba limpiando a nuestro alrededor.

—¿Te quieres sentar de una vez y tomar el desayuno con nosotros? —preguntó Lucía a modo regañona.

—Ya desayuné en casa con los niños, hacerlo ustedes tranquilas.

—¡Qué no! Siéntate —le ordené mientras le ponía un té en un vaso.

Estuvimos un rato charlando hasta que luego nos duchamos, nos preparamos y justo a la una sonó el timbre.

—¡Hola! —dije abriendo la puerta y quedándome sonrojada al verlo tan guapo.

—Hola —dijeron sonriendo de forma sincronizada.

Fuimos andando hasta un taxi que nos llevó a la puerta de esa impresionante mansión justo a la entrada del pueblo, a un lado de la montaña.

Al entrar mi cara era de asombro, una casa de lo más bonita, de estas antiguas totalmente reformada pero dejando los detalles de su vida anterior, al más puro estilo árabe, con un sótano que cogía toda la casa y la elevaba, piedras por todas las paredes formando dibujos, aquello era un espectáculo para la vista, además de tener unos jardines que eran para perder el gusto.

—Esto es alucinante —dije enamorada de cada rincón que miraba.

Tajín, Harira, Cuscús, habían preparado de todo, además el personal era de lo más atento y simpático, se estaba cómodo, esa sensación de respeto, cercanía y hospitalidad hacía de aquello un momento mágico.

La tez morena de Abdul, su metro setenta y tanto, su media melena, su físico,

lo culto, respetuoso y simpático que era lo hacían de lo más sensual. ¡Se me caía la baba!

Mi amiga y Naser decidieron y a pasear por la tarde por el Caos de Tetuán, nosotros decidimos pasear y disfrutar de la tranquilidad del pueblo.

Abdul tenía una simpatía arrolladora, respetuosa pero muy bromista, me sorprendió su soltura cuando de repente al pasar una chica con un pañuelo en la cabeza pero con jeans y camiseta de lo más occidental hizo un comentario.

—De aquí a nada te veo así —arqueó la ceja provocando una carcajada en mí.

—¡No te lo crees ni tú! —exclame sin dejar de reírme.

—Lo veremos —dijo con serenidad.

—Con buena has ido a dar —dije mientras me encendía un cigarro.

—No deberías de fumar...

—¡Quién fue a hablar! Dije mientras lo miraba y se encendía otro.

—El fin de semana que viene me gustaría hacer algo contigo.

—Vente a Cádiz —dije de forma improvisada.

—Claro, cogeré un hotel.

—Puedes quedarte en mi casa.

—Poco a poco —me hizo un guiño que me entró hasta sudores.

—Ni que estuviéramos comprometidos, ese poco a poco sonó a algo raro —dije riendo.

—¿Comprometidos sin avisar a mi madre y decirle de repente que me caso

con una occidental? —Se echó las manos a la cabeza —¡Me la cargo!

—Esa es la actitud, cargarse a mi suegra —saqué la lengua mientras bromeaba.

—¡No! —negaba con la cabeza riendo —Pobre mujer...

—Pues que entienda que nos vamos a casar y formar una familia —dije siguiendo con la broma —Y que sepa que nuestros hijos van a ser inculcados por la fe cristiana —aguanté de estallar a reír, además yo era agnóstica.

—Genial, le quedará claro, pero a ver como le dejas claro a la tuya que irás con velo, una chilaba y un absoluto respeto por tu esposo —hizo una mueca evitando reírse.

—Vale, se lo dejaré claro —sonreí con ironía.

—Que feo cambiar a alguien, conoces a una persona libre con una personalidad, creencia, modales, formas de vida, te enamoras de ella y la cambias, no tiene sentido, nacimos libres, nos educamos como aprendimos de nuestros padres, nos adaptamos a una vida, nadie es nadie para cambiarla, yo no podría, si me enamoro lo hago de la esencia, de todo lo que es, lo que representa, no podría cambiar a nadie por muy diferente que fuera a mí.

—Pues sí, eso te hace grande, es tener una mentalidad abierta.

—Es respetar, todos queremos respeto, pero para tenerlo hay que darlo.

—Tienes razón —dije impresionada, me estaba ganando a pasos agigantados.

—¿Qué te apetece ahora?

—¡Una cerveza! —dije para ver como reaccionaba.

—¡Vamos!

Se levantó y fui tras él, no pensaba que me fuera a llevar a tomar eso, cogió su teléfono e hizo una llamada mientras andaba, al llegar a un lado de la plaza ya nos esperaba un coche y nos montamos.

Fuimos a un hotel a las afueras de Tetuán, un precioso lugar con un enclave único era espectacular.

Naser pidió al camarero en árabe, no logré pillar que le dijo pero en nada apareció con dos jarras bien frías de cerveza.

—¿Bebes alcohol? —pregunté impresionada.

—Cuando es el momento, como ahora —dijo chocando su jarra con la mía.

—Entonces tienes que venir a Cádiz...

—Claro, el fin de semana lo haré, tengo que ir a enamorarte...

—Tienes trabajo ¿eh? —respondí ruborizada.

—No lo creo —me hizo un guiño.

—Ya lo veremos...

Pasamos un par de horas de lo más animados, cenamos y bebimos, luego volvimos al pueblo y nos encontramos a Lucía y Naser, nos propusieron llevarnos a Tánger al día siguiente.

Esa noche nos costó dormir, Lucía y yo nos contábamos las impresiones, al igual que me pasaba a mí, a ella también le estaba pasando con Naser, eso de un cosquilleo que hacíamos mucho que no sentíamos.

Por la mañana nos dieron el encuentro, desayunamos y nos dirigimos hacia Tánger, todo el trayecto lo hicieron bromeando y nos decían que en las próximas vacaciones nos llevarían en 4x4 al desierto.

Nos despedimos en el puerto y en el barco comprendí que este viaje había

marcado un antes y un después en nuestras vidas.

Capítulo 3



La semana comenzó con un nuevo pensamiento, Abdul, ese hombre que le había dado a mi vida un aire fresco, una ilusión, era eso exactamente, tenía algo que me había despertado aquello que llamamos ¿amor?

Al llegar a las bodegas vi a Bea, como siempre con la sonrisa en la boca, era una compañera que daba gloria cruzarse con ella, tenía una vibra especial, algo que enganchaba.

—Tengo cotilleo —dije moviendo mis manos rápidamente.

—¡Cuenta! Vamos a tu despacho a tomar un café.

—Claro —reí —Es marroquí, de familia acomodada, profesor y está buenísimo, se llama Abdul.

—¡Por favor! ¿¿¿Y???

—Viene el fin de semana a pasarlo conmigo, pero es tan respetuoso que se va a quedar en un hotel, le ofrecí mi casa, pero dijo que poco a poco —puse los ojos en blanco.

—Y tú por la cara que veo creo que quieres que vaya rápido —soltó una

risa nerviosa —Es muy fuerte, no me creo que venga este fin de semana.

—Pues viene —suspiré.

Tomamos el café mientras le contaba todo con pelos y señales, luego se marchó y miré al móvil, tenía una notificación de WhatsApp, al abrirlo me puse las manos en la boca al ver que era de Abdul, me daba miedo a abrirlo por si anulaba lo del fin de semana.

“Espero que tengas una preciosa semana hasta mi llegada y que hoy te hayas puesto el velo en señal de respeto a tu futuro marido”

Me reí a carcajadas, debió de escucharse en todas las instalaciones, aquello fue brutal, un golpe de lo más gracioso, pero yo con mi arte le iba a contestar.

“Por supuesto, respeto absoluto, velo puesto y espero que me traigas alguno que otro para poderme cambiar”

Respondió de forma automática.

“Te lo compraré de todos los colores, para pintar tu vida”

Joder con el romántico, le había quedado hasta bonito.

“Por cierto Abdul, una chilaba tampoco me vendría mal”

No tardó en contestar.

“Por supuesto, a mi futura esposa que no le falte de nada”

Suspiré como una idiota, mirando en el ordenador una foto que nos hicimos en aquel hotel donde fuimos a tomar las cervezas.

Esa semana aproveché para ir a la peluquería, hacerme las uñas, ir de compras de ropa, quería estar perfecta para recibir a ese hombre que había despertado tantos sentimientos que yacían dormidos dentro de mí.

El jueves que estuvo en la oficina con el café en mano volví a recibir un mensaje de Abdul.

“Hola mi futura mujer, recuerda para mañana tener una maleta lista para el fin de semana, no te pienso dejar en tu casa hasta el domingo”

¿Cómo? ¿No era este el que no quería ir deprisa? Conociéndolo seguro que había reservado dos habitaciones.

“Hola ¿Reservaste dos habitaciones?”

Reí al enviarlo pero su respuesta fue de lo mejor.

“No, tu duermes dentro del coche, lo mismo hasta lo aparco en un parking para que no duermas a la intemperie”

¡Capullo! Era la bomba, simpático y gracioso ¡Lo tenía todo!

Cuando salí del trabajo me fui a comprar un pañuelo para ponérmelo a modo broma para recibirlo, de color rosa fucsia, era precioso, con mi pelo casi rubio quedaba genial.

Al día siguiente tras salir de trabajar me fui hacia Tarifa, aparqué el coche, me puse el pañuelo dejado caer sobre la cabeza y me dirigí a la zona por donde salía, iba muerta de risa pero me sentía guapa.

Apareció a lo lejos, de lo más guapo, unos vaqueros pegados, una camiseta blanca y una cazadora en verde militar de lo más casual y bonita, sonrió al verme y se acercó muerto de risa abrazándome.

—Bienvenido a España —sonreí.

—Estás preciosa, Natalia. Sabía que lo harías —se mordió el labio sonriendo.

—¡Se me pilla rápido!

—¿Estás segura de pasar el fin de semana conmigo? —arqueó la ceja.

—Por supuesto, llevo un puesto un localizador por si me secuestras o algo, está conectado a todos los cuerpos de seguridad de mi país —saqué la lengua.

—No les tengo miedo —me hizo un guiño y me quitó el velo de la cabeza y se lo enrolló en su brazo. Dame las llaves —dijo refiriéndose a mi coche y señalando al copiloto para que yo me sentará ahí.

Me encantaba el control que tenía sobre todo, arrancó el coche y nos fuimos hasta Rota, a la zona del Costa Ballena, se veía que controlaba la zona de Cádiz, el hotel era de tipo Caribe, yo lo conocía, una pasada, y la habitación que nos habían asignado otra preciosidad mirando al mar, con dos camas de matrimonios gigantes.

Tras colocar las cosas nos fuimos a un chiringuito del hotel al aire libre, estaba el tiempo soleado y no hacía mucho frío así que nos pedimos dos Gin Tonics.

—¿Te gusta la vida de Europa? —me encendí un cigarrillo.

—¿En qué se diferencia a la mía?

—¿En serio me dices eso? —pregunté alucinando a la vez que reía.

—Será que soy diferente, veo la vida y actúo de otra forma, ya me irás conociendo —dijo haciéndome un guiño.

—Tú país está lleno de generosidad, hospitalidad, gente con mucho corazón que dan todo lo que tienes, pero no dejes de reconocer que tu cultura es muy diferente a la nuestra.

— Según los ojos que lo miren, no pienses más de la cuenta, ya verás que nada es lo que parece, por lo menos yo, ya me irás conociendo.

—Pues me quedo igual —dije soltando una carcajada.

Se nos pasó la noche volando, charlando y con miradas cómplices que me erizaban la piel, era muy cuidadoso con lo que contaba, una persona cercana pero muy comedido con lo que hablaba, encima yo era una chica preguntona y no paraba de morderme la lengua ya que a todo lo que le preguntaba lo contestaba con ambigüedad.

Llegamos achispados a la habitación, en ningún momento perdió la compostura, estaba atento y de lo más educado.

Cogí el pijama y fui al baño a cambiarme, pero cuando pasé por delante de él me soltó una de las suyas.

—Tranquila, no pensaba mirar —dijo mordiéndose el labio.

—Pues por tonto ya no te hago el striptease —dije riendo y encerrándome en el baño.

Salí y ya estaba en la cama, se le veía una camiseta blanca impecable de mangas cortas ¡Sensual! Grité mentalmente.

Me puse a su lado y me metí debajo de las sábanas, me cogió la mano y la besó.

—He pasado un precioso día a tu lado —me derretían sus palabras —estoy muy contento de haberte conocido. Pasa buena noche.

—Igualmente —dije ruborizada.

Apagó la luz y se volvió, aguanté la risa, yo me lo hubiera tirado en ese momento, pero me daba a mí que me quedaba muchos calentamientos que aguantar. Qué pasara buena noche me dijo antes de apagar la luz ¡con dos cojones! Venir hasta España, tenerme al lado y volverse a dormir, estaba a punto de estallar de la risa, menos mal que me pude aguantar.

Despertamos de forma sincronizada, me regaló una preciosa sonrisa pero en ese momento sonó su teléfono.

—Puedes cogerlo —dije sonriendo.

—Puede esperar —respondió en tono serio.

—Bueno, voy a ducharme.

Le vi un cambio importante de humor tras esa llamada, al menos me daba esa sensación, cuando salí del baño estaba más sonriente, se duchó rápidamente y bajamos a desayunar.

—¿Has tenido alguna relación duradera? —pregunté intrigada.

—Claro, pero preferiría no hablar de ella.

—Perdón, no sabía que te causaba dolor.

—No es dolor, digamos que no me es agradable recordar.

—Tranquilo.

Me tomé el desayuno pensando que había muchos temas de Abdul que iban a ser difíciles de conversar, en este momento lo sentí incómodo con la pregunta y eso me dejó un poco floja.

—¿Cuándo vuelves a Marruecos?

—El fin de semana que viene —sonreí —Es la boda de la hermana de Layla, no puedo fallar, el jueves salgo, me están haciendo el vestido tipo chilaba, allí en Chaouen, cuando llegue tengo que ir a la prueba y ya me lo entregan.

—Estarás preciosa.

—¿Qué es lo que tanto te atrae tanto mi país y la gente de allí?

—Tuve un flechazo con Marruecos, un amor a primera vista, descubrí un lugar que estaba lleno de color, sabor, olor, de personalidad, de personas

nobles, con respeto, con corazón, no sé, pero me quedé enamorada, volví muchas veces hasta que me compré mi casa, esa que se había convertido en mi sueño, en aquel lugar tan impresionante como es Chaouen.

—Me encanta que lo veas así.

—¿Te puedo preguntar algo?

—Adelante —dijo extendiendo su mano.

—¿Qué problemas te ocasionaría tener una relación con una persona de diferente cultura a la tuya?

—Ummm, creo que me estás pidiendo algo —sonrió —Es respeto lo que define como nos educaron en mi familia, mientras existe eso, todo el mundo es igual, sin importar su religión, color o cultura.

Me dejó sin palabras, era sorprendente...

Estuvimos charlando sobre mis relaciones cortas, me llamaba la chica mala, cosa que me hacía gracia y más ver como con las cosas que le contaba se echaba las manos a la cara.

Esa noche dormimos abrazados, algo era algo, poquito a poquito, no quedaba de otra.

Cuando nos despertamos besó mi frente con mucho cariño, mientras me daba los buenos días.

Desayunamos y hablamos sobre que el jueves el me recogería en Tánger, en ese momento recibió una llamada que atendió saliendo del restaurante y volvió con el semblante serio.

—¿Pasa algo?

—Tranquila, cosas del trabajo —puso los ojos en blanco.

Me quedé pensativa porque él se incorporaba en Tetuán de profesor en octubre, así que no sabía si se refería a ese u otro trabajo, pero no pensaba preguntar.

Comimos en Tarifa, por la tarde nos despedimos en el puerto, esperé a que se montara en el barco, después de despedirnos con un afectuoso abrazo.

Volví en el coche pensando y teniendo claro, que ese hombre misterioso me había robado el corazón.

Capítulo 4



Lunes por la mañana y lo primero que recibo una llamada de Lucía.

—Buenos días ¡Cuenta!

—Buenos día —solté una carcajada —Mejor me invitas a comer luego y te cuento.

—Claro, eso está hecho.

—Pues me visto rápido que ya voy con retraso.

—Vale, pero todo ¿eh?

—Que sí, te lo contaré todo —resoplé riendo.

La mañana me la pasé recordando todo el fin de semana, no me podía concentrar pero tampoco me podía dormir en los laureles ya que el miércoles era mi último día de trabajo de esa semana.

Llegó la hora de la comida y ya estaba Lucía con esa sonrisa floja a espera del cotilleo, la abracé y le di una colleja, era muy impaciente.

Tuve que contarle todo pero claro, yo también quería saber.

—¿Has tenido noticias de Naser?

—Todos los días, varias veces —se puso las manos en la cara riendo.

—Cuánto me alegro, por cierto, este fin de semana te voy a echar de menos —puse la cara triste.

—Ya, pero sabes que me tengo que quedar por esa reunión laboral importante.

—Lo sé, tienes que atender tu empresa —dije acariciando su espalda.

—Por cierto, tengo una curiosidad ¿Por qué se fueron tantos años a vivir a Marrakech?

—Ni idea, no le pregunté, de todas formas Abdul es más blindado que el presidente de Corea del norte —solté una carcajada.

—Nasir también lo es en cierto modo —dijo sin dejar de reír por lo que yo había soltado.

Un mensaje de Abdul me llegó en esos momentos.

“Hola preciosa ¿Te apetece venir el miércoles por la noche y te llevo a dormir a un precioso Riad de Tánger?”

Miré a Lucía y le enseñé el mensaje.

—Ay que mono —dijo en plan ternura.

—¿Como no me va a tener babeando?

—Dile que sí y que lleve una caja condones —soltó una carcajada.

—Me da a mí que ni llevando yo un centenar —resoplé resignándome.

Le contesté inmediatamente.

“A las cinco de la tarde de la hora marroquí estaré en el puerto de Tánger”

—Espero ese día que me mande uno diciendo que me va a echar el polvo del siglo —solté una carcajada.

—¡Bruta! —no paraba de reír.

—A ti te veo igual, me da mí que estos dos están cortados por el mismísimo patrón.

Lucía no paraba de reír, parecíamos gemelas, nos entendíamos a la perfección y siempre andábamos juntas.

Un rato después nos llamó Bea y le dijimos que viniera a casa a estar con nosotras.

Una hora más tarde estaba llegando a casa, venía con la bolsa en mano sabía que si venía se quedaba en casa y eso hicimos, además al día siguiente al trabajar en el mismo sitio, iríamos juntas, así que ahí estábamos pizza en mano y charlando como cotorras, contando todo a Bea con pelos y detalles.

—Os veo viviendo en Marruecos y casadas con ellos.

—¡Estás loca! —exclamó Lucía.

—Pues me apunto —dije bromeando —No es mala idea, iré mirando vestidos —les saqué la lengua mientras Lucía negaba con la cabeza.

—Ay Dios, hoy debería de ser viernes y poder beber, esto es para emborracharse y olvidar lo escuchado —dijo Bea poniendo cara de horror.

Estuvimos hasta las tantas charlando y bromeando.

Por la mañana nos fuimos las tres a desayunar y luego al trabajo, yo con Bea a las bodegas y Lucía a su tienda.

Después del trabajo salí directa a Tarifa, dejé dentro del puerto el coche y me dirigí a la ventanilla de *FRS* para que me diera los billetes y los papeles para el visado.

—¿Otra vez? —me preguntó la chica de ventanilla sonriente.

—De esta me hacen hija predilecta de Chaouen —solté una risa provocando otra en ella.

El trayecto lo pasé mirando al mar, reflexionando, fantaseando, volviéndome loca con todo este cambio repentino en mi vida, no sabía que pasaría, pero el presente me hacía muy feliz y ahora tenía unos días por delante en aquel lugar, con él, con todo lo que hacía que me saliera la mejor de mis sonrisas.

Al salir por las puertas del control del puerto de Tánger lo vi, con su preciosa y blanca sonrisa, me recibió con un fuerte abrazo, me cogió la mano y fuimos hacia su coche para ir directo a La Riad, en una de las calles de la medina de aquella gran ciudad.

La Riad era una pasada, una casa antigua rehabilitada con unas cuantas de habitaciones decoradas al más puro estilo árabe.

Entramos a la habitación para soltar las cosas y nos adentramos en el bullicio de la medina, nada que ver con la tranquilidad del pueblo de Chaouen, pero con una magia impresionante, andado por esas murallas que atrincheraban las calles de ese casco histórico de la ciudad, el Gran Zoco, de lo más divertido, gracias a que sabían por sus rasgos que Abdul era marroquí, nadie nos molestaba.

El lugar en que cenamos era una maravilla, acogedor y muy impecable.

—Te quería comentar de comer el sábado en mi casa, con mis padres —dijo mientras lo miré asustada —Ya saben de ti y quieren conocerte. No te asuste

no les dije que nos fuéramos a casar —bromeó mientras me hizo un guiño.

—Me da pánico, somos muy diferentes, no sé cómo actuar.

—Siendo tú, brillas por ti sola. Mientras no fumes delante de ellos, por lo demás sin problemas.

—Está bien.

—Es broma —puso los ojos en blanco —Mi madre también fuma en casa, en la calle no por respeto a la cultura.

—¿Debería de ponerme un velo?

—Deberías, pero nadie te obligaría.

Puse los ojos en blanco y solté una risa nerviosa.

La cena se alargó un buen rato, charlábamos y bromeábamos todo el tiempo, me encantaba esa forma de ser dulce, atenta, sensual, misteriosa, me hacía elevarme a lo más alto.

Esa noche dormimos abrazados, un beso en la mejilla de buenas noches y ya. Estaba a mil deseando que al menos me diese un beso de ternura, de esos que duran una eternidad, pero por lo visto se iba a hacer de rogar.

El desayuno lo hicimos en la terraza superior de La Riad, con las mejores vistas del mundo, de allí salimos hacia Tetuán donde paramos a tomar un café para seguir hacia Chaouen.

Llegamos a mi casa y Layla no estaba ya que se encontraba con los preparativos de la boda, pero me dejó un cargamento de comida preparada.

Dejé las cosas y me fui con Abdul a la prueba del vestido, cuando me vio se quedó deslumbrado.

—Preciosa, estas preciosa, te sienta genial ese color rosa, vas a ser la

invitada más bonita —sacó el móvil y me tiró una foto.

Me llevé el vestido y luego nos quedamos en mi casa a cenar, charlando hasta las tantas que ya se fue para la suya, quedamos que tras la comida de la boda nos veríamos y se quedaría en casa hasta el día siguiente que íbamos a comer junto a sus padres.

Desperté, una chica vino a maquillarme, peinarme y ya Layla vino a recogerme, al verme no para de decirme lo guapa que estaba, ella también, estaba preciosa y radiante.

Era extraño la comida de la boda eran las mujeres a parte de los hombres, pero era su tradición, me reí mucho a pesar de tener todo el tiempo de interprete a Layla ya que la mayoría no hablaban Español y yo aún estaba a años luz de comprender el árabe medianamente bien.

Más tarde me despedí de todos y me fui a dar el encuentro a Abdul, ya me estaba esperando, paró a un chico que pasaba por allí y le dio el móvil para que nos hiciera una foto, cosa que me hizo mucha ilusión y a la vez gracias.

—No te cambies, quiero que paseemos por la medina y estés así.

—¡Abdul! Me siento disfrazada —puse los ojos en blanco.

—¡¡¡No!!! —se puso la mano en la cara riendo.

Nos fuimos a pasear por la medina y tomar un té en la plaza, estaba de lo más feliz a su lado, era algo que me estaba causando una felicidad que hacía mucho que no sentía, o que nunca llegué a sentir, pues estaba en un estado desconocido para mí.

Cenamos en mi casa y luego nos acostamos charlando hasta quedar dormidos.

Cuando me levanté no estaba a mi lado, Abdul ya había preparado el desayuno a lo grande.

—Buenos días —sonreí desde el quicio de la puerta —Si tu madre te viese preparando el desayuno a una occidental no sé qué pensaría.

—Buenos días. Nada, esto me lo inculcó ella, hay que tratar a las personas con igualdad —me hizo un guiño.

—Aun no conozco a tu madre pero ya me ganó.

—Es una gran mujer, como tu...

Una ducha, unos vaqueros, una camiseta con un jersey fino por encima y el velo rosa dejado caer por encima del cabello, sin tapar todo el pelo, pero de forma que se transmitiera el respeto.

—Gracias —dijo al verme.

Llegamos a su casa y su madre nos recibió en el jardín y me comió a besos, me hizo mucha gracia esa efusividad y cariño.

—¿Usas velo? —me preguntó extrañada. Ella no lo llevaba pero era normal estaba dentro de su casa, imaginé.

—Es por respeto hacia ustedes.

—¿Respeto? —preguntó mirando a su hijo —¿La engañaste verdad? —le preguntó la madre sacando la mano como para pegarle.

—No me lo creo —negué con la cabeza.

—Si fueras mi hija no te lo permitiría poner —dijo con mirada asesina a Abdul que estaba aguantando la risa. —Anda, quítalo, aunque te sienta genial, pero ya, este hombre no tiene remedio —puso los ojos en blanco.

Miré a Abdul de forma bromista pero amenazante.

—Mamá, ella siempre está de bromas, pues donde las dan, las toman —levantó un poco las manos.

—¡Ay! Te voy a matar —dijo moviendo la mano.

—Mamá, es solo una broma.

—Hija —dijo volviendo hacia mí y encendiendo un cigarro —a este ni caso, no permitas que te haga más bromas de este tipo, sé siempre tu y que nadie te robe tu esencia —me dio un abrazo que me derritió el alma.

—Me vengaré —dije mirándolo mientras reía.

Su padre era más callado, pero se le notaba una nobleza y una simpatía arrolladora, la comida fue de lo más amena, se nos pasó la tarde volando y me enteré de que Abdul tenía varios premios de investigación, que tenía una cultura muy alta, pero de eso ya me había dado cuenta.

Prometí volver en mi siguiente escapada a Chaouen.

—Me enamoré de tus padres, son increíbles.

—Lo sabía —me cogió la mano con cariño —Les encantaste, se le notaba en lo cómodos que estaban.

—Me alegra haber estado a la altura.

—Por encima —me abrazó y nos quedamos dormidos.

Al despertar desayunamos y me llevó a Tánger, al siguiente fin de semana volvería con Lucia.

Subí al Ferry y me asomé, Abdul estaba abajo mirando y despidiéndose con la mano, sonreí, sonreí mucho, me hacía cada vez más feliz.

Capítulo 5



El lunes fue raro, Bea estaba por las bodegas de lo más inquieta, me estaba poniendo nerviosa su semblante.

—¿Te pasa algo?

—¿Podemos luego ir a comer juntas?

—Claro, Bea.

—Luego te cuento, que agobio llevo.

—¿Te puedo ayudar en algo?

—No me puedo ni ayudar yo —puso los ojos en blanco.

—Me estás preocupando...

—Tranquila, es que todo me pasa a mí...

—Cierra la puerta —dije mientras me levantaba a preparar dos cafés —
Dame un adelanto, no aguanto hasta la comida.

—¿Te acuerdas de los tres chicos que siempre van juntos?

—Claro, me lo cruzo por todos lados.

—El sábado conocí a uno de ellos, al más alto y me lie con él.

—¡Qué dices!

—Así mismo, y sé la relación entre ellos.

—¡Cuenta!

—Son de antidrogas, de la secreta vamos...

—Y yo pensando que eran profesores —dije riendo mientras alucinaba.

—Pues dice que ya lo saben mucha gente de aquí. Yo estoy en Shock, te juro que me impone, estaba de lo más cortada —se puso las manos en las cara — Se llama Nesta.

—Joder como Bob Marley, su nombre real es Robert Nesta Marley.

—No lo sabía. Encima lo de su trabajo no me hace gracia, no sé si soportaría estar con alguien así.

—¿Qué de malo tiene?

—No sé, pero es un riesgo, no lo veo como para llevar una vida tranquila, encima lo conocen ya aquí, en cualquier momento lo mueven a algún punto de España.

—No le des vueltas, mira yo, con un Marroquí, dispuesta a enfrentarme al mundo tan diferente que es al nuestro.

—¿No te da miedo, Nati?

—No, solo respeto, pero nada de miedo. Diferentes pero muy iguales a la vez, además es tan bueno...

—Pues mi Nesta me tiene en un sin vivir, pero me encanta.

—Pues no seas más dramática, disfruta del momento.

—Ya, pero yo soy tan simplona...

—Eres una pija y encima indecisa —solté una carcajada.

—Bueno sigo currando, no vaya a ser que tu padre me eche —dijo sacando la lengua.

—Venga, petarda —luego nos vemos.

En el móvil tenía una notificación de mensaje de Abdul.

“¿No me echas de menos?”

Parecía reprochable y serio el mensaje, pero podía ser que estuviera bromeando, por su carácter cualquiera acertaba.

“Por supuesto que me acordé, cuento las horas para que sea jueves y verte”

No tardó en contestar.

“Me quedo tranquilo entonces”

Esa respuesta no me dejaba tranquila.

“No lo entiendo ¿Me estás reclamando más atención?”

Contestó:

“Solo que me hubiera mandado un buenos días o algo parecido”

Ay en el fondo me ponía muy tierna.

“Ya, tienes razón, lo hago por no molestar, pero ya no te falta ni un Buenos días nunca más”

Esperé que me contestará.

“Gracias por entenderme”

Qué seriedad ¡Por favor! Tanta forma de ser correcta me sacaba de quicio.

Terminé de trabajar y me di el encuentro con Bea, nos fuimos a un asador al Puerto de Santa María.

—Nati, me puso un mensaje Nesta, dice que me invita a merendar, por supuesto acepté, me tiene en sus manos, me encanta, en todos los sentidos y en la cama ni te cuento.

—Mira que tirártelo la primera noche —solté una carcajada.

—Ni yo me lo creo, pero es tan sensual... Las copas ayudaron también —me sacó la lengua. —Y Abdul ¿Qué tal? —preguntó refiriéndose al tema sexual, obviamente.

—A mi aún no me dio una noche de lujuria —puse cara de tristeza.

—Lo mismo es de los que piensan que hasta que no hay boda, no hay sexo —arqueó la ceja.

—Pues un mes no aguanto ¡Lo ataco! —solté una carcajada —Primero sexo, luego ya me plantearía lo de la boda —apreté los dientes y fruncí el rostro — Es tan respetuoso que me pone de los nervios.

Charlamos hasta despedirnos, nos tiramos un selfie y lo subí a la red.

Cuando llegué a mi casa y me tiré en el sofá me llegó una notificación de Facebook, era un comentario sobre la foto que había subido hace un rato.

“Se ve un lugar muy acogedor ¿Cuándo me llevarás?”

Me sacó una sonrisa de quinceañera que tardó en quitárase de la cara, por supuesto, le contesté:

“Solo tienes que venir y te llevo”

Volvió a contestar.

“Perfecto.”

Hala, perfecto y se quedaba tan ancho, le di a me gusta y no volví a contestar, para misterioso él, no conocía a nadie igual.

Desperté a las siete con el despertador, me había quedado dormida en el salón, menos mal que mi sofá era de lo más cómodo.

Me lavé los dientes mirando un grano que me había salido ¡Qué rabia! Me maquillé para taparlo y salí disparada para las bodegas.

Envié un mensaje a Abdul, para que no me hiciera otro reproche, además de no poderlo quitar de mi mente.

“Buenos días, en cuarenta y ocho horas estoy allí revolucionando Marruecos”

Nada de respuesta por su parte en una hora, ni en dos, ni en tres, ni en toda la mañana cosa que me puso muy triste, salí de las bodegas deseando llegar a casa y tirarme en el sofá, me sentía totalmente deprimida hasta que al cruzar la puerta de salida...

—Abdul —dije incrédula —¿Qué haces aquí? —Lo abracé con fuerzas.

—Pues me dijiste que si venía me llevabas al asador y yo con succulenta propuesta ¡No lo pensé! Vine en mi coche, deja el tuyo aquí.

—Claro —volví a abrazarlo —¿Hasta cuándo te quedas?

—No tengo prisas, puedo irme luego, mañana o inclusive haceros de escolta el jueves —me hizo un guiño mientras arrancaba el coche.

—Te quedas conmigo en mi casa hasta que nos vayamos el jueves —dije sin dudar.

— Vale, acepto.

Llegamos al asador y nos pusimos en un apartado, cogió mi mano sobre la mesa y la besó.

—Quiero pedirte que formes parte de mi vida.

Por poco me desmayo, tardé en reaccionar.

—Hay algo entre nosotros es indudable, yo estoy feliz cuando estoy a tu lado, no sé qué rumbo tomará esto, pero aquí me tienes, dispuesta a todo.

—No quiero cambiar tu vida, pero me gustaría que encontráramos un punto intermedio y que podamos tener algo serio, intentar construir un futuro, no tiene por qué ser inmediato, pero al menos luchar y poder hacer planes.

—Te entiendo, yo tengo una vida, soy independiente, no me gusta correr, pero me siento muy feliz a tu lado, quiero seguir conociéndote y hacer planes, pero poco a poco.

—Tienes todo el tiempo del mundo, Natalia, siempre que me respetes como tu pareja.

—Igualmente te digo.

—Nunca lo dudes.

Me enamoraba, su actitud, su forma de ser, este tipo de momentos, todo, era algo innegable.

Después de la comida nos fuimos a comprar dulces, nos metimos en casa en el sofá donde le conté mi sueño de irme a vivir un año a mi casa de Chaouen.

—¿Volvieron ya tus padres de Cantabria?

—Llegan el lunes, con depre pero vuelven, ellos adoran esa casa por eso la compraron, Cantabria para ellos es desconexión, van cada seis meses.

—¿Y tú?

—Suelo ir unos días en Navidades que la pasamos allí, ellos cuando mi padre se jubile vivirán entre Cádiz y Cantabria.

—¿Y tu hermano?

—Es el gerente de las bodegas, es muy responsable, lo vive, es el que la llevará en un futuro, a mí me pagará mi parte y me respetará mi puesto de por vida, yo soy más de relax, no quiero tanta responsabilidad.

—Con tu parte te vienes conmigo a Marruecos, ya trabajo yo por ti y por mí —me abrazó.

—Puede ser, todo es negociable —lo pegué fuerte contra mí.

Me miró fijamente, mis labios, yo me empecé a acelerar y ruborizar, se acercó a mí y me besó de forma suave, juguetona, mordisqueando mis labios, me hizo sentir tanto y desear tanto que pensaba que iba a explotar de amor.

Nos dormimos besándonos de mil maneras, pero solo eso, besos, me quedé dormida tirada en su pecho.

Por la mañana me llevó al trabajo y luego quedamos en que me recogería a

la salida.

—Te invito a un café —dije al ver a Bea por los pasillos.

—Por supuesto, me encanta ese café en tu despacho.

Le conté todo y se quedó flipando, ella estaba viendo cada día a Nesta y se le veía por fin más relajada.

El jueves me lo iba a coger libre así que estaría con Abdul más tiempo, aproveche para pasar esos dos días paseando con él y enseñándoles mis rincones favoritos.

Me abrazaba, me besaba, me elevaba, pero de ahí no pasaba, pero yo estaba feliz, estaba e mi salsa, estaba encontrándome a mí misma, disfrutando de aquello que solo Abdul sabía darme.

Capítulo 6



La mañana del jueves la pasamos en casa hasta ir al medio día a recoger a Lucía, donde aprovechamos para comer una pizza al lado de donde ella trabajaba y tomar rumbo a Tarifa.

En el Ferry nos reímos de lo lindo, Lucía se metió en un papel de periodista e interrogó a Abdul sobre su hermano Naser, cosa que supo contestar a todo con un doble sentido, una forma táctil de responder sin hacerlo, que yo no podía parar de reír.

Naser nos estaba esperando en Tánger, nos fuimos directos a Chaouen, al llegar a mi casa Layla, ya nos tenía preparado un té y pasteles típicos de allí.

Layla se metió en la cocina a preparar la cena, Abdul en ese momento recibió una llamada y de repente todo cambió.

—Tengo que salir un momento, ahora vuelvo.

—Te acompaño —dijo Naser levantándose.

—¿Está todo bien? —me preocupé rápidamente.

—Claro —sonrió —quiero revisar un documento que deben de enviar mis padres.

—Vale.

Lucia y yo aprovechamos para ducharnos, después indudablemente de quedarnos pensativas por esa situación repentina.

—Puede ser que dejó algo sin hacer, date cuenta de que estuvo conmigo tres días.

—Puede ser.

—Y no han dicho nada de quedarse a dormir aquí... —dijo con tristeza.

—Fijo que nos tienen a dos velas hasta que consigan casarse con nosotras —dije haciendo la broma.

—Creo que estamos locas —negó con la cabeza.

— Yo también lo pienso, pero no quiero perder la oportunidad de descubrir su mundo, a él, aunque conozca un poco esta cultura algo me dice que no lo conozco a él, no me quiero quedar con las ganas de hacerlo.

— Yo también estoy encantada pero tanto misterio me mata.

—Yo creo que Abdul tiene una mentalidad muy occidental, pese a su seriedad y respeto lo veo un tipo con una mentalidad muy abierta. Yo me voy a tirar a la piscina y que sea lo que Dios quiera.

—Pues nos tiramos y si está vacía, pues ya nos ayudaremos a salir —negó con la cabeza mientras reía.

—Eso es.

—Por cierto, me dijo Naser algo de mañana ir a comer todos junto a sus padres.

—No me dijo nada Abdul, pero imagino que sí, además le prometí a la madre ir a verla cuando volviera.

Bajamos al salón, Layla nos dejó la mesa toda preparada y se despidió hasta el día siguiente. Abdul y Naser no tardaron en aparecer.

—Nuestra madre mañana preparó una comida con familiares y amigos, dicen que os esperan —dijo Abdul mientras se sentaba.

—¿Y cómo irán la gente vestida? —preguntó Lucía alucinando, provocando en mí un ataque de risa.

—Pues con velo imagino —dije mirando a Abdul para ver si hacia un gesto extraño y me volvía a engañar con ese tema.

—La mayoría ni usaran chilaba, pero si velo, según lo tradicionales que sean, pero vamos, ustedes no tenéis que llevarlo —dijo Naser mirando a Abdul.

—Pues yo me lo voy a poner —sonreí mirando a Abdul —Mañana me compro uno.

—A mi comprarme dos, para que me tape bien la cara —dijo Lucia agobiada por la vergüenza de esa comida al día siguiente.

—No tienes que hacerlo —le recalcó Naser —Y además tenéis un concepto sobre nosotros un poco extraño, si os dejarais llevar más, quizás no pensabais tanto.

Di un trago a la copa de vino y luego la levanté.

—Por mañana... —dije provocando un ataque de risa en todos.

—Qué bien, el viernes que viene último día de trabajo hasta después de semana santa —dijo Lucia dando un trago.

—Podemos venir esos diez días —dije sacando la lengua.

—¡Sí! —gritó emocionada.

—Propongo ir al desierto de Merzouga, una ruta y pasar tres noches allí — dijo Abdul.

—¡Qué pasada! —grité emocionada.

—¡Me apunto! —gritó Lucía.

—Nosotros nos encargamos de todo. Ustedes estar el viernes en Tánger que os recogemos y salimos hasta Meknes, será donde haremos noche.

Esa noche estuvimos charlando hasta tarde, planeando el viaje, luego se fueron a su casa a dormir, Lucía y yo nos quedamos con cara de tonta.

—¿De verdad te vas a comprar y poner mañana el velo?

—Claro ¿Y lo chula que quedarán las fotos? —le saqué la lengua.

—Pues hala, nos ponemos el velo.

—Veremos cómo nos presentan ¿Las españolas? ¿Sus amigas? ¿Sus casi novias o como quieran definirlo? —solté una carcajada.

—A mí que se ahorre el presentarme, yo quiero un té en una esquina y que pase el tiempo volando.

—Claro, como una loca —puse los ojos en blanco.

—Me veo con estos un montón de días de viajes al desierto y a la vuelta seguimos puras...

—Pues me auto masturbo —reí.

—¡Qué bruta eres! O lo que es peor, nos tengamos que buscar unos amantes.

—Claro, para que nos pillen y a ver quién vuelve a poner un pie en Marruecos y parte de África —solté una carcajada.

Tardamos en dormir entre tantas suposiciones y risas, pero por la mañana nos despertamos tempranos, ya Layla nos tenía el desayuno preparado.

—Buenos días —dijimos de forma sincronizada.

—Hice bastante desayuno, pensé que estarían los señores.

—¿Esos? —pregunté aguantando la risa —Layla, son de hielos ¿qué hay que hacer para llevarlos a la cama?

—Os están respetando —dijo riendo mientras negaba con la cabeza.

—¿Y quién pidió respeto? —preguntó Lucía causando una carcajada en nosotras.

—Por cierto, Layla, el fin de semana que viene venimos a Marruecos pero nos vamos al desierto.

—Os va a encantar, espero que lo paséis muy bien.

—Eso espero yo también —dijo Lucía con doble sentido.

Tras el desayuno nos fuimos a pasear por la medina, nos compramos unos velos, de color rojo vivo para ella y en beige para mí.

Tomamos un té en la plaza y luego nos fuimos a la casa, en poco nos recogerían, aprovechamos para ponernos el velo.

—Estáis preciosa —dijo Naser al vernos y Abdul afirmaba con la cabeza.

Al llegar a su casa nos llevaron directamente al jardín, allí nos recibió el personal del servicio y nos pasaron a donde sus padres.

—¡Mierda! —exclamé sabiendo que nos habían engañado con lo de la fiesta —No hay fiesta ¿Verdad? —miré a Abdul con ganas de asesinarlo.

—No me lo puedo creer hijo ¿Qué le dijiste ahora?

—Me muero —dijo Lucía tragando saliva —Vamos a hacernos un selfie, esto tiene que quedar grabado para el recuerdo.

—Eres increíble —negué con la cabeza mirando a Abdul que no dejaba de sonreír —Bromeas tan bien que es imposible pillarte —resoplé.

—Este niño no tiene remedio —dijo la madre dándole una colleja.

—Ya lo veo —reí.

Pasamos una tarde preciosa, los padres eran de lo más encantadores y la madre muy atenta, cariñosa, amable, lo tenía todo.

Por la noche nos dejaron en casa y quedaron en venir a desayunar temprano.

—Este espero que no me tenga todo el viaje a dos velas o lo increpo —dijo bromeando.

—Ni pensar quiero —reí a carcajadas.

El sábado lo pasamos todo el día callejeando con ellos por la medina, tomando té, comiendo y charlando sobre los planes del viaje que nos esperaba en pocos días.

Esa noche nos dejaron en casa tarde, sobre la una de la madrugada, el día había volado y lo habíamos pasado genial.

Por la mañana volvieron, desayunamos charlando sobre el viaje y luego salimos hacia Tánger donde nos llevaron al Café Hafa, impresionante, sobre una colina mirando al mar, las terrazas a diferentes escalas, desde donde se podía divisar la costa de Cádiz, teníamos frente a nosotros España.

Nos despedimos y volvimos con los nervios de saber que en nada volvíamos a estar con ellos y cuando digo nada, es porque fue en nada.

La semana se me pasó volando, Bea me puso al día de su relación, estaba de lo más feliz, la tenía Nesta loquita, quería presentármelo en la mayor brevedad, cosa que me pareció estupendo.

El día antes de salir para Marruecos comí con mis padres y aproveché para hablarles de Abdul, lo vendí también que quedaron encantados, me daban su aprobación, no es que me hiciera falta, pero eso de sentir el apoyo te hace sentir más relajada.

Llegó el viernes y me fui a por Lucía, nos montamos en el Ferry sabiendo que ahí comenzaba una preciosa aventura...

Capítulo 7



Llegamos a Tánger, se notaba ya lo caótico de esa ciudad, ese día tardamos en salir ya que había mucha gente en el control de equipaje, pero observábamos a lo lejos a Naser y Abdul.

—Los miro y pienso que esconden algo —dijo Lucía mordiéndose el labio y provocando una sonrisa en mí.

—Seguro que lo esconden es un pedazo de trabuco —solté otra carcajada.

—Veremos si no tenemos que salir por patas algún día de aquí.

— Al menos que sean a patas abiertas —dije bromeando.

Al pasar el control se acercaron y nos abrazaron.

—Bienvenidas al gran viaje de vuestras vidas —dijo Naser emocionado.

—Vamos a sentir esa arena —dije achispada por las dos cervezas que me había tomado en el barco y encima había comprado para el desierto una botella de Baileys Ice Cream.

Nos montamos en un Jeep reluciente, nuevo, lo habían alquilado para la ocasión, yo me senté delante con Abdul que iba conduciendo.

—Pues hacia Meknes que nos vamos —dijo Abdul arrancando el Jeep.

Su misterio no impedía a ese humor relajado que sacaba, me encantaba su forma de ser en todos los sentidos aunque a veces tanto bloqueo me dejaba intrigaba pero no podía negar que su esencia borraba la parte menos abierta, por decirlo de algún modo.

Al llegar a la puerta del Riad de Meknes nos entregaron las llaves, dos habitaciones contiguas.

—Verás que estos dos nos mandan a dormir juntas —dijo Lucía en mi oído en voz baja, pero de nada sirvió Abdul se enteró y contestó.

—Natalia y yo tenemos algo pendiente y hoy dormiremos juntos.

—¿Algo pendiente tú y yo? —puse cara de no entender nada.

—No es necesario contarlo aquí —me hizo un gesto de que entrara a la habitación.

Dejamos las cosas y salimos a pasear y cenar, estaba anocheciendo y se notaba en la de gente que había por la calle.

Pasear por la medina de esa ciudad era impresionante, a los pies de las montañas situadas en el Atlas medio, considerada una de las ciudades imperiales, no de las más relevantes, pero si una modesta y preciosa ciudad con un enclave inmejorable.

Su plaza llamada El-Hedim estaba repleta de restaurantes con sus mesas y sillas en el exterior, era de lo más animado, nos sentamos y rápidamente vinieron a atendernos, cosa que agradecí tenía un hambre que me atacaba el humor.

Tal como pusieron la cesta con aquel pan marroquí tan exquisito agarré un trozo.

—Estás hambrienta —dijo riendo Abdul.

—Estoy que me lo como todo —dije con sarcasmo mirando a Lucía que explotaba a reír.

—¿Todo? Aclara eso —dijo Abdul aguantando la risa y haciéndose el sorprendido.

—Todo, hijo, todo —puse los ojos en blanco y di un gran bocado al pan.

—Está bien, es bueno saberlo —agarró otro cacho.

La comida estaba deliciosa, si algo tenía Marruecos con carácter era el idioma y la gastronomía, condimentaban mucho pero bien y hacían un contraste de sabores que enamoraba al paladar.

Anduvimos luego por las callejuelas de esa medina, compré algunas cosas, Abdul siempre quería pagar pero le planté cara, le monté un pollo y se retiró del intento.

Regresamos al hotel y había que salir temprano hasta Merzouga.

Me puse una mayas para dormir, de color marrón con una camiseta de tirante en beige, bastante pegada, parecía que iba a hacer deporte.

—Sensual, sexi... —dijo al verme salir del baño.

—Una que lo vale —le saqué la lengua.

Me arropó en sus brazos al acostarme, me pegó a él hasta no poder más.

—Será un viaje que nunca lo olvidarás, quiero que lo disfrutes, lo sientas, lo vivas. Tengo una sorpresa para cuando llegue el momento en esta aventura —dijo besando mis labios de forma sensual y juguetonas.

Desperté, tal como lo digo, desperté después de quedarnos dormidos tras un largo beso, ya tenía la duda de si pasaría algo entre nosotros o tendría que esperar a casarme, estaba claro que en cualquier momento se lo soltaría.

—¿Y esa risa? —dijo dándome un beso a modo buenos días.

—Nada, cosas mías...

—¿Secreto?

—No, pero me muero de hambre, vamos a desayunar.

—Venga cuenta —dijo haciéndome cosquillas.

—Ya te lo contaré.

—Vale, pero no tardes —me dio un fuerte beso y una palmada en la cadera para que nos levantáramos.

Llegamos al restaurante y ya estaban ahí Lucía y Naser con una sonrisa de oreja a oreja y café en mano.

—Me muero de hambre —dije cogiendo un pastel de hojaldre de la mesa.

—Come, come —me hizo un guiño con doble sentido.

—¿Me intentas decir algo? —pregunté con descaro.

—Nada, nada —se mordió el labio y cogió el vaso de café.

Terminamos el desayuno y nos fuimos a continuar el viaje, una canción comenzó a sonar, una mezcla de árabe y flamenco que me hizo desde el asiento mover todo mi cuerpo.

—¿Veis lo similar que somos? —dijo Abdul refiriéndose a esa mezcla de música entre su cultura y la nuestra.

—Sí, será en la música porque en otras cosas... —dije refiriéndome al sexo, cosa que Lucía estalló en un ataca de risa.

—¿En que hay diferencia? —preguntó Abdul con un gesto que lo hacía lo más interesante.

—En muchas cosas ¡Vamos!

—¿Por ejemplo?

—El tema del idioma —puse los ojos en blanco y aguanté la risa.

—¿En eso nada más?

—Ya en otro momento te lo explico —dije queriendo salir de esa.

—Claro, como lo de esta mañana. Espero que el desierto te dé el relax para aclararme.

Noté un ligero enfado en su rostro mientras miraba hacia la carretera mientras conducía, pero Lucía rápidamente comenzó a bromear y eso hizo que se le relajara la cara.

Hicimos una parada en un lugar donde hacían unos pinchitos deliciosos, todo el mundo que iba hacia el Sur solía parar allí, era parada obligatoria, aquellos pinchitos estaban de lo más deliciosos, nos dimos un atracón de muerte.

El camino restante lo pasamos de risa total, Lucía estaba a modo periodista e interrogaba a Naser que con mucho arte contestaba a todo, a veces de forma ambigua y otras de forma graciosa.

Estaba impresionada conforme me adentraba en el sur del país, daba una sensación mucho más fuerte de estar anclados en tiempos remotos, aquello era todo de barro, las casas, las tiendas, la tierra, todo era un color rojizo impresionante, jamás había visto algo así.

Llegamos a nuestro campamento, un alojamiento en las dunas de Er Chebbi, con esas impresionantes dunas algunas con una altura superior a los cientos cincuenta metros.

Un té a modo recibimiento, dentro del alojamiento donde albergaban las

habitaciones, pero la primera noche la íbamos a pasar a los pies de las dunas, allí mismo pero en unas jaimas que estaban de lo más completas, con cama incluida, algo que me impresionó y me hizo gracia, aquello era precioso, el entorno, el albergue, las jaimas, todo, absolutamente todo.

El frío se hacía notar, era de noche así que entramos al Buffet a cenar y luego a las dunas a tomar el Baileys que llevaba y había comprado en el barco.

Esas estrellas brillaban con una luz que nunca lo había visto, era perfecto todo, la compañía, el lugar, el ambiente de muchos turistas, era algo que no podría describir pero que me sentía de lo más feliz y llena de poderlo estar viviendo y sintiendo en primera persona.

Estábamos frente a una hoguera, Naser y Lucía se retiraron a dormir y nosotros nos quedamos allí tomando otra copa.

—Toma —puso una preciosa sortija sobre mis manos —no te estoy pidiendo que te cases inmediatamente conmigo pero sí que seas formalmente mi prometida. Sé que tus bromas son porque no hubo nada íntimo entre nosotros, lo pillé, no soy tonto y no somos diferentes, pero yo como cuestión personal me gusta hacerlo cuando hay un compromiso por medio.

—Sí es por eso y ya podemos tener sexo ¡Acepto! —solté una carcajada y le di un beso. Pero ya te vale, podrías haberme contado tu forma de pensar —le saqué la lengua a modo burla. Ahora fuera de bromas, claro que acepto, jamás imaginé esto tan pronto, pero tampoco sabía que entrarías de esta forma tan fuerte en mi vida, estoy feliz.

Me colocó la preciosa sortija, brillaba en mi dedo con mis uñas de gel, lo miré emocionada y luego lo abracé.

En esos momento pensé en mis padres y en mi hermano, cuando se lo contara iban a alucinar, no se lo iban a creer.

Nos fuimos a la Jaima y no metimos en la cama bajo esos buenos nórdicos que hacían entrar en calor de forma rápida, no tardó en clavar sus ojos en mis

labios.

Me besó y su mano se fue directa a mis pechos provocando en mí una excitación muy deseada.

Me bajó las mallas y las bragas de un jalón, dejándome expuesta a él, yo estaba deseando ese momento pero me quedé como helada, avergonzada, pero deseosa de que pasara todo.

Me desnudó por completo y comenzó a besarme por todos lados, a tocar mi zona húmeda y jugar con ella haciendo que me excitara cada vez más y consiguiendo que me llegara un acelerado, explosivo y gustoso orgasmo, quedándome hasta sin aliento, agarrada fuerte a esas sabanas y agarrotando todo mi cuerpo.

Luego se puso un preservativo, me centró en la cama, me abrió las piernas y entró de forma directa, agarrando por las caderas, era de lo más sexy, me encantaba su cuerpo desnudo, era un portento de hombre y haciéndolo era todo un magistral, impresionaba, excitaba y te dejaba elevada a otra dimensión.

Caí rendida después de ese momento que tanto había esperado y que había superado mis expectativas, sobre él, que tenía ahuecada su mano en mi cuello, a la vez que yo estaba sobre su pecho.

A las cinco de la mañana nos llamaron los Tuareg, ya tenían preparados los camellos para llevarnos a ver el amanecer, en una de las dunas más altas, aquello fue una sensación indescriptible, esa caravana de camellos con todos nosotros en esa preciosa madrugada bajo la luz de las estrellas que formaban una manta preciosa sobre el cielo.

¿Como explicar ese momento? Es imposible, ese amanecer apareciendo sobre el horizonte, formando unas tonalidades naranjas y haciendo de aquel lugar una estampa de esas que son imposible que se te borren en la vida. Era impresionante, me fumé un cigarro en silencio, Abdul hacia fotos a todo y a nosotros, pero yo disfrutaba de ese momento, él ya lo había vivido muchas veces pero para mí era la primera vez, solo quería grabarlo en mis retinas.

Regresamos al campamento en camello por supuesto, Lucía iba cantando por Marisol, la de “Corre, corre, caballito”, yo iba muerta de risa escuchándola y ellos también.

Cogimos las cosas de la jaima y nos fuimos a dejarlas a la habitación, esa noche dormiríamos en el albergue, aquello era como un resort del Caribe pero en vez de tener el mar en frente tenían las dunas.

Me quedé impresionada al ver la habitación con vistas a las dunas, todo al estilo más puro árabe, una maravilla en medio del desierto.

Nos fuimos a la terraza frente a las dunas, al aire libre, ya se iba el frío y se sentía el sol, se estaba de lujo y había un Buffet de película, cogimos de todo, té, café, zumos, pan, dulces, de todo.

—Qué paz —dijo Lucía mordisqueando la tostada.

—Tenemos que volver a este lugar... —dije mirando la maravillosa estampa que tenía ante mí.

—Joder aún no nos hemos ido y ya estás pensando en volver.

—Lucía tu acabas de decir que paz, es por algo, pues yo también la siento y pienso en volver —le saqué la lengua.

En esos momentos Abdul recibió una llamada y al mirar la pantalla le cambió la cara, se apartó hacia las dunas, yo lo miraba a lo lejos desde la mesa y lo veía sofocado, pero como los árabes son tan efusivos hablando quise pensar que era de lo más normal.

Cuando se acercó le pregunté si todo bien, afirmó con la cabeza y sonrió.

Después del desayuno nos fuimos a Erfoud, un pueblo donde tenía un mercado muy frecuentado, así que cogimos el Jeep y salimos hacia aquel lugar lleno de alojamientos, restaurantes y encima de todo había sido escenario de múltiples películas, aquello me parecía de lo más similar al color del planeta Marte, era todo un oasis, aproveché para tirar una multitud de fotos.

Por la noche volvimos al campamento, estaba de lo más animado, un grupo beréber amenizaba la velada, me puse a hablar con un chico del grupo que tocaba, cuando me di cuenta la cara de Abdul era de lo más desencajada. Volví junto a él, el chico se fue a seguir tocando, solo le pedí una foto por su atuendo y charlamos nada más allá de lo animado que tenían el lugar esa noche.

—¿Feliz? —preguntó con el semblante serio.

—¿Qué te pasa?

—Es precioso ver a mi futura mujer hablando con un desconocido.

—Si piensas que vas a cambiar mi esencia, estás muy equivocado.

—Perfecto, no quieras luego cambiar la mía —dijo en tono desafiante.

—No lo entiendo, solo hablé.

—Si para ti es respetuoso...

—No me gusta tu actitud —dije retirándome al baño y él hizo un gesto de adelante, cosa que me dio rabia porque sentí como una autorización por su parte para hacerlo.

Me daba rabia verlo así, no sabía si era protección o control, pero no me había hecho gracia.

Salí y mis cosas seguían en la mesa, él no estaba, cuando miré hacia las dunas me lo vi hablando de lo más animado con unas chicas, negué con la cabeza flipando, me encendí un cigarro, me puse el fular a modo velo y me tiré un selfie con el móvil, lo subí al Facebook.

“No es un velo, ni la cultura o religión lo que define a las personas”

Vi cómo me miraba pero seguía de lo más animado, pero si pensaba que me iba a levantar a montar un espectáculo iba apañado.

—Te queda muy bien el pañuelo —dijo una voz y al volverme me di cuenta de que era el músico.

—Gracias.

—¿Y tu amiga?

—Con su chico en las dunas viendo las estrellas —sonreí.

—¿Y tú no tienes pareja?

—Sí. ¿Ves aquel chico que esta tan bien acompañado? —dije señalando a lo lejos donde estaba Abdul.

—Sí.

—Pues ese...

—¿Y lo permites? Aunque imagino que es marroquí y podemos tener varias mujeres —dijo bromeando.

—Y yo también puedo tener varios hombres —dije resoplando.

—Estáis enfadados ¿verdad?

Miraba a Abdul que a pesar de seguir charlando con ellas, tenía la mirada clavada en nosotros.

—Estoy preparada para la guerra.

—¿Por qué hizo eso?

—Me vio hablando contigo y se puso celoso —solté una carcajada.

—¿De verdad?

—Y tanto —puse los ojos en blanco.

—Lo lamento.

—No pasa nada, su problema es.

—Bueno ya se van —dijo señalando a su grupo —soy el que llevo el coche así que debo irme —dijo poniendo su mano en el pecho.

—Un placer.

—Que tengáis una buena reconciliación.

—Gracias.

Un té, dos té y las muelas de Abdul, yo me quería ir a la habitación así que me acerqué donde estaba con ellas.

—Buenas noches —dije en general y luego miré a Abdul —¿Me puedes dar las llaves de la habitación?

—Un placer —dijo Abdul mirando a todas —Me retiro, nos vemos por aquí.

En ese momento me daban ganas de darle una hostia a manos abiertas que me iba a quedar de lo más a gusto, pero ni yo era violenta, ni merecía la pena.

Nos acostamos sin hablar, de la misma manera que nos quedamos dormidos.

Cuando desperté Abdul no estaba en la habitación y al asomarme por la ventana lo vi a lo lejos en las dunas hablando con el móvil y haciendo muchos gestos con las manos, recordé lo que me dijo Lucía de que estos eran muy extraños.

Me fui a Desayunar y estaban mi amiga con Naser, me senté con ellos, un rato después se incorporó Abdul que dio los buenos días y se puso un café.

Recogimos las cosas y nos montamos en el Jeep, el seguía en silencio al igual que yo, la fiesta en el coche la llevaban los de atrás que no paraban de decir cosas para animar el viaje, pero se notaba la situación tensa, me resultaba hasta incomoda.

Paramos a comer pero fue rápido, el ambiente era cortante, tenso y muy diferente a como comenzamos el viaje.

Llegamos a Midelt, dejamos las cosas en el hotel y nos fuimos a estirar las piernas.

Un lugar de parada para el desierto sirve para pasar la noche como íbamos a hacer nosotros, luego de pasear fuimos a cenar y estuvimos todos charlando, eso sí, Abdul y yo, entre nosotros no lo hacíamos.

De ahí nos fuimos a dormir ya que al día siguiente salíamos hacia Fez.

Cuando entramos en el dormitorio Abdul reventó.

—No es que me moleste que hables con nadie, lo hago por seguridad.

—Me sé cuidar.

—No quieres entenderme.

—No, no te entiendo.

—Te estoy advirtiendo para prevenir.

—¿Prevenir de qué? —dije de forma sofocada.

—Todo a su debido momento, pero esto es diferente, el lugar, todo, ya un día sabrás.

—O me hablas claro o cojo la maleta y me voy.

—No puedes hacerlo.

—¿Me lo vas a prohibir? —pregunté desafiante.

—Necesito tiempo, confía en mí.

—Tienes dos minutos o me voy...

—No vas a ir a ningún lado, ten eso claro —dijo enfadado.

—¿Me vas a retener?

—Hay algo que ni mi familia sabe aún, no es ilegal, no es nada malo, pero estoy ejerciendo una cosa y no puedo contarla, pero debes confiar en mí.

—No puedo. Estoy viendo cosas raras y esto ya no me está gustando.

—Confía en mí.

—Me voy a ir.

—Prométeme que pase lo que pase no vas a contar nada.

—Te lo prometo.

—Esto infiltrado en una operación antidrogas, soy policía en cubierto en colaboración con un cuerpo de España, estoy dentro de una banda de las más grande de tráfico de hachís de infiltrado.

—Esto debe ser coña —me recordó a lo de Nesta. —Déjame digerir que soy la novia de un narco que no lo es pero esta en el cogollo y a la vez es policía.

—Está todo controlado por esos las llamadas, descansa, confía en mí.

Me quedé en shock, así me quedé dormida, pero con una sensación muy fuerte y extraña dentro de mí.

—Buenos días —dijo dándome un beso en la frente al que yo correspondí con un abrazo.

Nos devoramos a besos, volvimos a hacerlo como esa primera noche en la jaima, con toda la intensidad y deseos del mundo.

Fuimos a desayunar y los chicos respiraron aliviados al vernos sonreír.

Nos fuimos hacia Fez a un precioso hotel frente a una de las tantas puertas de entrada que tenía la medina, esa que era amurallada y con una historia de muchos años, una de las ciudades imperiales más importantes de Marruecos.

Pasamos cuatro maravillosos días de paseos, sexo, momentos divertidos, fueron los mejores días junto al primero del desierto, luego volvimos a Tánger donde pasamos la última noche, paseamos por la avenida Mohamed VI, luego por la medina hasta irnos a descansar de esa última noche.

Al día siguiente me prometió que en pocos días vendría a Cádiz, me quedaba con eso, aunque durante el Ferry no podía quitar de mi mente que mi prometido no era profesor, si no un infiltrado de una de las bandas criminales de narcotráfico de la zona del Ref.

Capítulo 8



Esa mañana desperté y me fui directa a hacerme un café, no podía con mi alma, estaba agotada.

Entré al Facebook y me había puesto un me gusta en la foto que subí del velo en el desierto con la frase.

Recordé todo, no me parecía mal que fuera policía, pero que estuviera infiltrado me preocupaba bastante, pero en el fondo estaba feliz de estar con él.

Cuando entré en mi oficina miré la notificación de nuevo que me había llegado de Facebook, no me lo podía creer, Abdul había puesto que estaba comprometido y me había etiquetado, lo acepté para que apareciera en mi muro, estaba flipando cuando no me dio tiempo a pensar más y me fui corriendo a buscar a mi padre a su despacho, no quería que se enterara por las redes, así que le conté todo, su respuesta fue un gran abrazo.

—Me da igual su cultura, religión o procedencia, solo quiero que te haga feliz y por esa sonrisa veo que lo eres. Voy a preparar una comida con Alex y mamá, tenemos que contárselo.

—Sí —volví a abrazarlo con todo el cariño y la felicidad del mundo.

Llamé Abdul y le comenté lo de la comida para comunicárselo a mi madre y hermano, que mi padre ya lo sabía. Le molestó un poco, le hubiera gustado estar aquí.

—El viernes prepara una cena que llevo a mi familia e invitamos a la tuya y lo hacemos más oficial, luego ya haremos otra en Marruecos —dijo de repente.

—Está bien, me parece una estupenda idea.

Así quedamos y luego me marche a la comida, al ver a mi madre la abracé, en el fondo ella se imaginaba algo.

Les conté lo del anillo en el desierto, a la vez que lo enseñaba.

—Te veo con chilaba, velo y a las órdenes del marroquí —dijo mi hermano buscándome la lengua como siempre a modo broma.

—Los cojones...

—¡Natalia! —exclamó mi madre por mi mala palabra —No se debe hablar así —puso los ojos en blanco.

—Estamos todos para apoyarte —dijo mi hermano acercándose a mi mejilla y besándola.

Les comenté lo del viernes y mi padre propuso hacerlo en la zona de celebraciones de la bodega y le dije que se lo comentaría a Abdul.

Estuve comentándoles que por ahora no me iba a ir a Marruecos, pero que en un futuro estaría entre España y aquel país, pero en un futuro, ahora mismo solo estábamos comprometidos, sin nada de intención de hacer una boda inmediata.

Les tuve que decir que era profesor, ese secreto de su profesión juré y prometí que jamás saldría de mi boca.

Después de la comida con mis padres, mientras iba en el coche, llamé a Abdul y le comenté lo de hacerlo en las bodegas, me regañó por no aceptar antes, diciendo que por supuesto no le íbamos a quitar la idea a mi padre.

Me fui a merendar con Bea y con Lucía, nos pusimos al día de todo, estaban flipando pero ya les advertí que solo era un compromiso, nada de una preparación de boda.

Nos fuimos de tiendas a comprar la ropa para el viernes, por supuesto mis amigas iban a estar.

Escogí un vestido espectacular, sencillo pero a la vez muy elegante, era perfecto, en color rojo hasta media manga y por las rodillas.

Me pasé toda la semana preparando los detalles de la celebración, creo que volví loco al personal de las bodegas, pero lo hacían todo con mucho ánimo y cariño. Quería que todo estuviera de mi agrado. Era mi día, era mi gran noche y todo tenía que quedar espectacular.

Abdul me llamaba continuamente para darme las impresiones y consejos sobre algunas temas de la preparación y también porque queríamos poner un toque de su tierra en la cena.

Llegó por fin el viernes. Abdul y su familia se alojaron en la zona hotelera de Chiclana, habían reservado un buen hotel. Llegaron temprano, la madre había acordado con la peluquería para que peinaran y la maquillaran.

Abdul y su familia llegaron los primeros, a la vez que nosotros, ya que queríamos recibir a los invitados estando todos.

Su familia y la mía congeniaron inmediatamente, recibí muchos piropos, los invitados iban llegando y Abdul me miraba feliz, muy emocionado, estaba de lo más guapo y sensual.

Bea apareció con Nesta, un tipo impresionante también, estaba feliz de ver a todos allí, además Lucía y Naser brillaban ese día también.

Abdul se levantó y dijo unas palabras que nos dejó a todos embelesados.

—He tenido la suerte de volver de nuevo al pueblo de Marruecos que amo, el lugar que me vio nacer y crecer, lo que no sabía que el destino me tenía preparado algo más bonito e inesperado, el conocer a Natalia, esa mujer que se convirtió en mi vida desde que nuestras miradas se cruzaron, esa señora que sabe estar a la altura de todas las circunstancias, esa persona que os prometo que haré feliz todos los días de mi vida. Y no tengáis miedo por la diferencia cultural, de religión o de educación, los valores son los mismos en todos los lugares del mundo y las personas que viven desde el respeto no se clasifican por ninguna de esas condiciones.

Todos lloramos, todos, no se salvó ni Nesta, llorábamos y reíamos de la emoción, Abdul era increíble, además de conciso.

Esa noche sus padres se fueron al hotel y los míos a su casa, nosotros nos fuimos con mis amigas, Nesta y Naser al Puerto de Santa María de copas, estábamos eufóricos y con ganas de más.

Abdul y Nesta congeniaron, por supuesto Abdul no le dijo que era lo mismo que él, policía en cubierta, me hacía mucha gracia.

Pasamos una velada preciosa, al día siguiente nos íbamos todos a casa de mis padres, así que quedamos en vernos, Abdul y yo nos fuimos a mi casa donde culminamos esa preciosa noche y una nueva unión de dos familias.

La barbacoa fue divertida, amena, mi madre me dijo varias veces lo feliz que estaba, la madre de Abdul también, mis amigos estaban encantados y Abdul tenía una permanente sonrisa en sus labios.

Por la noche se fueron al hotel, por la mañana saldrían para Marruecos, donde nos iríamos nosotros el viernes para la fiesta allí.

La semana la pasé comprando ropa para el viaje y contando las horas para volver a ver al amor de mi vida.

Capítulo 9



Por fin estábamos en el Ferry, mis padres estaban felices con ese viaje y mi hermano me tenía de los nervios de tanto bromear.

—¿Me traeré novia de allí? —me preguntó mi hermano apoyado en la barandilla del barco.

—Claro y una camada de niños —resoplé negando con la cabeza.

—Ah no, niños no, no me corras tanto, yo con una mujer me conformo —me sacó la lengua y dio con su dedo en mi nariz.

—Bueno va, te sacas novia en el pueblo y terminas de joderme el liberarme de ti.

—¡Serás...!

—Ajá, perra ¿verdad?

—Por ejemplo —respondió riendo.

Cuando llegamos a Tánger estaba Abdul, saludó muy amable como siempre pero yo le noté que tenía la mirada un poco perdida, se le notaba muy preocupado por algo, los demás no lo notaron pero yo sabía y estaba segura de que algo pasaba.

Llegamos a mi casa donde nos alojamos mi familia y yo, relativamente cerca a la de los padres de Abdul.

En un momento que me pude quedar a solas con Abdul le pregunté si le pasaba algo.

—Una semana dura en el trabajo y con los preparativos, he descansado poco. No te preocupes, no me pasa nada que no se me vaya a pasar rápido— dijo mientras me miraba con cariño y acaricia mi mejilla—. Estoy pensando en hacer una inversión, en comprar una casa cerca de la de mi madre, venden algo interesante, un terreno bastante amplio con una casa construida nueva. Creo que en un futuro puede ser nuestra casa familiar para cuando estemos en Marruecos.

Respiré al sentir que todo estaba pasando de forma rápida, un escalofrío recorrió mi cuerpo. No pude ni contestar a aquel comentario. Pasó por mi cabeza nuestra historia como a modo de diapositiva desde que lo conocí hasta ahora, en un instante, recordando hasta pequeños detalles.

—¿Por qué ese silencio? ¿No te parece bien?

—Sí, perdón, claro, todo es cuestión de hablarlo.

—Quiero que la veas ahora si no te importa, llevo las llaves encima, confían en mí y me lo ha dejado la agencia para que podamos verla.

—Claro...

Fuimos en su coche hacia la casa, empecé a pensar que yo tenía la mía ahí

eso era lo que me impresionaba y podría haber sido una buena idea acondicionarla y haber vivido en ella, pero también entendía que necesitaba tener más espacio que es a lo que estaba acostumbrado y alejarse un poco más del bullicio de mi casa que estaba en plena Medina, aunque fuera una de las más tranquilas de Marruecos y bonitas.

De todas formas yo entendía de que era bueno que tuviera su propia casa y yo la mía, el destino a veces no sabíamos lo que nos podía deparar o que pasase algo y tampoco estaba planteando casarme a la de ya, en breve.

Llegamos a la puerta de la casa y lo que se veía desde fuera era precioso, no era un palacio pero si una bonita casa que invitaba a imaginar una vida dentro de ella con una familia, era algo bonito la verdad...

—Esto es lo que quiero y me gustaría para nosotros, Natalia.

—Es una preciosidad —dije mirando como imponía.

—Lo que te mereces.

—Te lo mereces tú, que eres el de la decisión —le hice un guiño.

—Nos lo merecemos para la vida que vamos a comenzar en común.

La entrada era preciosa con un jardín en frente, al fondo estaba la casa a modo imponente de dos plantas y se veía una terraza en la parte de arriba, mirando al precioso jardín; se veía todo tan nuevo que invitaba a irse ya a vivir allí.

Era todo un espectáculo, los habitáculos eran muy espaciosos, toda la parte de abajo era recibidor, salón, baño y cocina. En la parte de arriba estaban los dormitorios, el de matrimonio con baño, en el pasillo había otro para las demás habitaciones de invitados o familiares.

—Me encanta, Abdul, estoy impresionada.

—Pues no hay más nada que decir. Pronto empezaremos a comprar la decoración y muebles, quiero que se ponga a tu gusto sobre todo, menos una de las habitaciones que destinaré para mi despacho personal.

—A gusto de los dos —le advertí con el dedo.

—Está bien —arqueó la ceja y levantó las manos.

Llegamos a casa de sus padres, nos recibieron muy emocionados, siempre me hacían sentir de lo más cómoda.

El jardín de su casa ya estaba listo y preparado de forma impresionante, habían colocado una preciosa Jaima y en su interior las mesas, había incluso un escenario de madera.

Todo estaba impecable y listo.

Estuvieron un buen rato hablando con nosotros, luego Abdul me dejó en mi casa para ir a descansar un rato y prepararnos para la fiesta, luego mandaría a alguien de sus trabajadores a recogerlos.

Al llegar a mi casa vi a en el salón a Beatriz, Nesta y Lucía, grité emocionada, mis padres sonreían al verme tan feliz y para mí era importante tener a mis amigos y familia ese día.

Vino una peluquera y maquilladora a ponernos a punto, más tarde dos coches vinieron a por nosotros y nos llevaron a la fiesta donde ya habían invitados y un grupo marroquí amenizando la fiesta.

Miré a mis amigas nerviosa, estaba hecha un flan, pero no menos que Lucía que parecía que era ella la de la pedida.

—Me estás poniendo atacada —le dije.

—Natalia, me quiero morir y no es mi día, esto me da cague.

—Eres un poco exagerada —volteé los ojos.

—Os calláis ya, me estáis poniendo hasta a mi —protestó Bea, ante la sonrisa de Nesta.

Todos nos recibieron con alegría y cariño, la familia de Abdul y sus amigos se le notaban de lo más felices, el ambiente era elegante, distinguido, brillaba.

Los padres de Abdul eran unos anfitriones perfectos, con todo muy estudiado para que no faltara detalle, me sentí muy especial esa noche.

Cuando todo acabó acompañamos a mis padres a la casa, yo me fui con Abdul y los chicos a dormir a un Riad que Nesta había reservado y nos fuimos a las habitaciones despidiéndonos hasta el desayuno.

—Me he sentido el hombre más feliz del mundo —dijo pegando mi cuerpo al de él tras cerrar la puerta.

—Y yo la mujer...

—Te amo con todo mi corazón, Natalia.

—Me estás sonrojando.

—Espero que ese rubor te dure toda la vida, a mi lado, que sea provocado por ese deseo que nunca pierdas hacia mí.

Hicimos esa noche el amor de forma muy especial, tenía los bellos de punta, tenía una sensación tan bonita que era imposible no hacer todo flotando en una nube, además que sus manos sabían cómo erizar cada parte de mi piel.

Esa mañana al despertar no estaba Abdul, me dejó una nota diciendo que

tenía que revisar trabajo, que desayunara con los amigos y que luego me daría el encuentro. Me sentó un poco mal, pero quise quitarme eso de la cabeza, así que fui a por los chicos y nos fuimos a dar el encuentro a mis padres y hermanos al bar donde quedamos para desayunar.

—Os veo casándoos en nada —dijo Lucía.

—¿Casándome? No corras tanto chavala, que una cosa es comprometernos y la otra que nos vayamos a casar a la de ya.

—Pues yo creo que va a ser antes de acabar el año y para eso faltan muy pocos meses —dijo Bea riendo con una sonrisa de esas de seguridad.

—Sí, y para el año que viene el embarazo—dije amenazándola en bromas con un tenedor ante la risa de todos.

Todos reímos, pronto apareció Abdul feliz y saludando con efusividad a todos.

Lucía tardo nada en poner a Abdul al tanto de la conversación.

—Yo me casaba mañana mismo —dijo Abdul mirándome —pero depende de ella —sonrió.

Pasamos el día todos en la casa de los padres de Abdul, cada vez me sentía más cómoda y parte de ese lugar.

La última noche también la pasamos en el Riad, yo estaba apenada por volver, la verdad que cada vez me costaba más irme de allí y separarme de él.

—Quédate aquí conmigo esta semana —me dijo de forma inesperada.

—Abdul, ¡tengo que trabajar! —solté una carcajada.

—Tu padre no te pondrá trabas.

—Ya, pero me da no sé qué.

Me dio su teléfono en señal de que hablara con mi padre y yo accedí, en el fondo lo estaba deseando, por supuesto mi padre me dijo que una semana o el tiempo que necesitara.

Por la mañana desayunamos todos y nos despedimos, se fueron en un coche de ocho plazas que le había puesto Abdul con conductor, así que fuimos a la casa de él para coger ropa y venirse a la mía, estaba muy feliz por la semana que tenía por delante a su lado.

Capítulo 10



Entramos a mi casa y colocamos toda la ropa y las cosas de Abdul. Parecía que se iba a quedar de por vida de todo lo que había traído.

Layla nos preparó un té y nos puso unos pasteles antes de irse, además había dejado la cena lista.

Abdul en esos momentos recibió un mensaje.

—Mierda, tengo malas noticias, trabajo esta noche.

—¿Y eso?

—Quieren hacer esta noche la redada, pillar a todos los del grupo en el que me encuentro infiltrado... Tengo que ir a coordinar la operación. Ese era un motivo por el que quería que te quedaras. Al único que no van a pillar es a mí, cosa que a los narcos le supondría alguna duda pero al tu estar aquí y yo decir que me iba contigo de vacaciones esta semana no sospecharan nada.

Me quedé en blanco, no sabía que decir.

—¿Solo por eso querías que me quedara y te protegiera, Abdul?

—¡No! Pero fue un buen motivo para pedir estos días.

—Abdul, tengo miedo, no sé de qué va todo eso. ¿Y si algo sale mal?

—Tranquila, está todo controlado, nada saldrá mal—dijo mientras me abrazaba.

Se metió rápido una ducha, más tarde se despidió y dijo que regresaría lo antes posible. Yo no me atreví ni a preguntar absolutamente nada.

Me acosté con un agobio increíble. Eso que me reveló de que quería que me quedara por la coartada me había dolido y mucho sobre todo el pensar que me hubiera hecho quedarme para que no se le complicaran las cosas y ser una salida fácil para él. ¿Y si la pedida tan apresurada sería también parte de la trama que había pensado para todo esto?

La pena y tristeza empezó a apoderarse de mí, creo que empecé a pensar en varias conspiraciones que me rondaban por la cabeza, algo me decía que esto no iba bien todo aquello que me había dicho, al menos como yo lo había pensado y soñado.

Me desperté de un sobresalto aquella noche. Eran las siete de la mañana y Abdul no había vuelto. Tenía un mal rollo en mi cuerpo que no podía con él.

Salí y me fui a mi restaurante favorito a desayunar, me puse en la terraza por si pasaba Abdul, lo vería seguro.

Miré el móvil con una notificación y tenía un mensaje de Bea.

“¿Qué tal estás? Un precioso fin de semana y te veo de lo más feliz”.

“Gracias, no digas nada pero estoy muy agobiada”

“¿Me he perdido o paso algo?”

“Estoy a modo conspiración pero creo que Abdul esconde algo. Estoy de lo

más segura”. “¿Estás con él?”

“No”.

Sonó el teléfono.

—Quiero saber que te pasa, Nati.

—No me hagas mucho caso, creo que son tonterías mías.

—¿Por qué?

—No me cuadra nada, hay algo que me desveló y que no puedo contar pero estoy convencida de que algo oscuro esconde y creo que me precipité con todo.

—Nesta dice lo mismo y que tiene un comportamiento muy esquivo, como si escondiera algo. Ahora me dices tu esto y es que sois los dos con la misma conspiración y yo pensando que era cosas de él por el trabajo, su obsesión por ver más allá de lo que todos vemos. Ten cuidado por si acaso.

—Voy a hablar con Abdul, tengo derecho a saber.

—Mantenme informada, te quiero.

—Claro, yo también te quiero.

Me fui a pasear, él no tenía llaves pero si venía que me llamara y ya volvía en nada, pero necesitaba pasear, distraerme, estaba demasiado triste y me estaba rompiendo la cabeza.

Lunes por la noche y sin noticias de Abdul, encima me dijo que no contactara con él por nada del mundo, así que bien iba, con una presión en el pecho impresionante, de la misma manera que me levanté y seguía sin aparecer.

Estaba decidida a irme. Agarré mi bolso, fui a coger el pasaporte y no

estaba en la cartera donde siempre lo llevaba.

Miré por todos lados y nada, pero era algo que me ponía la mosca detrás de la oreja, mi pasaporte siempre estaba en mi cartera grande ¿Y ahora qué?

Algo me decía que era cosa de Abdul, ahora me encontraba con el problema de no poder salir del país, podía reclamar uno aquí en la embajada pero me llevaría días y si aparecía antes él me la podía liar, sentí pánico, terror, algo me decía que iba mal y que yo estaba en un buen lío.

Llamé a Bea.

—Hola, Lucía ¿Estás Bien? —preguntó al descolgar el teléfono.

—Hola, no, no lo estoy, lleva dos días sin aparecer, estaba dispuesta a irme para España cuando he descubierto que mi pasaporte no está.

—¿Como? Dame cinco minutos llamo a Nesta.

Pues sí, era el mejor que nos podía ayudar, así que esperé y recibí una llamada al instante de él.

—Dame tus datos, Natalia.

Se los di de enseguida.

—Tengo miedo, Nesta.

—Escúchame atenta, ya están dándome una copia de tu pasaporte, ve al bar donde él podrá preguntar por ti si aparece y no te ve, necesito que ganes tiempo, diles a los del bar que has perdido el teléfono y vas a Tetuán a comprar uno y arreglar lo de la tarjeta del número, eso será para ganar unas horas. Vete ya para el puerto de Tánger, yo salgo para Tarifa con tu pasaporte y cojo el primer Ferry que salga, cuando llegue cogemos el primer Ferry de vuelta.

—Tengo miedo —dijo rompiendo a llorar.

—Haz ya lo que te he dicho, coge el bolso, ve al bar y luego inmediatamente coges un taxi, nos vemos en el puerto.

—Gracias —dije colgando y cerrando los ojos.

Corrí con mi bolso al bar, le dije eso, cogí un taxi a Tetuán, si Abdul le daba por preguntar no quería que dijera que me habían dejado en Tánger así que en Tetuán cuando vi que se marchaba el taxista cogí otro hasta Tánger.

Dos horas estuve en el puerto hasta que llegó Nesta, me abrazó efusivamente y cogimos el siguiente Ferry después de pasar la aduana.

Dicen que la realidad supera a la ficción pues eso estaba pasando, en el barco me pareció ver a Abdul, se lo dije a Nesta y vimos que era él ¿Qué cojones hacia ahí? Esto no podía ser posible, si lo hubiera visto en una película hubiera pensado que el guionista tenía unas cosas poco creíbles, pero no, ni película, ni guion, era Abdul...

—Esto me huele mal —dijo agarrando mi mano y llevándome a la otra parte del barco.

—Y a mí —rompí a llorar mientras nos íbamos a la parte donde iban los coches para no cruzarnos con él.

Nesta hizo unas llamadas e incluso pasó unas fotos de Abdul a sus compañeros que un rato después lo llamaron de seguida.

—¿Sabes? Es el jefe de la organización más grande del Ref en temas de drogas, es un narcotraficante —dijo con cara descompuesta.

Me puse a llorar como tonta, no podía contarle lo que me dijo Abdul por si metía la pata, en el fondo me daba miedo a hacerlo.

—Lo mismo no son las cosas como parecen —dije intentando no pensar

mal del todo.

—¿No? No seas tonta, no te dejes engañar por las cosas que te haya podido decir, a este tío no lo podemos detener porque siempre va limpio, el no trae cargamentos, el no hace el trabajo sucio.

Cuando llegamos al puerto esperamos a que saliera él, comprobamos por unos compañeros que había pasado el control y entonces salimos.

Yo tenía mis dudas, en el fondo no quería creer que me hubiera engañado y que fuera un narcotraficante, por otro lado, me daba miedo a que me la hubiera dado con queso.

Antes de dejarme en casa Nesta, me pidió que no apareciera por Chaouen en una temporada y que le dijera a Abdul por mensaje que lo dejaba por ahora, que tenía dudas.

Subí a casa y recibí un mensaje de Abdul.

“Te amo, tuve que ir a España, todo salió bien, pero tengo que terminar algo antes, en dos días vuelvo y te lo cuento todo. Te quiero para siempre”

Me puse a llorar ¿Y si tenía razón Abdul? ¿Pero por qué se llevó mi pasaporte?

Le escribí.

“¿Y mi pasaporte? ¿Me piensas controlar de esta manera quitando mi libertad a poder salir de tu país? No quiero verte más, me engañaste con que eras un secreta y eres el cabecilla de la organización. Todo acabó entre nosotros”

No tardó en contestar.

“No sé de lo que hablas, ni de tu pasaporte, no te he utilizado en la vida, no toqué nada tuyo, en cuanto llegue lo arreglamos y no digas que esto acabó, nos

amamos y esto es un malentendido”

Resoplé.

“No hay nada que hablar, estoy ya donde tengo que estar”

Bea vino a mi casa, me contó que Nesta sospechaba hacía mucho por eso quiso venir a Marruecos y ver el tema más de cerca, que no pudo sacar muchas conclusiones pero que algo le decía que sí, ya sabía de hacía tiempo lo de que estaba en la organización, solo había disimulado en el barco con la llamada que se lo confirmaba, pero que Nesta le estaba pisando los talones para que no me hiciera nada.

Cuando se fue lloré como una niña chica, estaba depre, con agobio, no sabía que hacer, me sentía confundida.

Al mirar el móvil tenía varios mensajes de Abdul.

“¿Dónde estás?”

“¿Por qué me haces esto?”

“Me has roto el corazón”

Respiré hondo y le contesté.

“Me has engañado para dejarme sola, me quitaste el pasaporte, no quiero saber nada de ti, si me molestas llamo a la policía, pero a la de verdad, así que no juegues conmigo”

No volví ese día a tener noticias de él, ni en los tres siguientes, a mis padres le pedí que por ahora no me preguntaran nada, pero que el compromiso se acabó.

Tenía claro que ya no quería ni verlo, que me había engañado, que me puse el velo en los ojos y no en la cabeza para una foto, estaba ciega, esas

llamadas que le sacaban de quicio le cambian el semblante, era todo...

Quince días después no sabía nada de él, parece que tomó en serio lo de que yo llamaría a la policía o lo que fuera, pero ahí se destapó el verdadero Abdul, así que tuve que comenzar a intentar reconducir mi vida.

Habían pasado tres semanas y recibí una llamada de Layla.

—Natalia, busca en Google, las noticias de anoche de Marruecos y cuando lo hagas me vuelves a llamar —dijo desesperada.

Puse en Google el nombre de él y zasca.

La noticia era clara y contundente, con la foto de Abdul incluida, donde decía que el heroico infiltrado de la policía en una de las redes de narco más grande del país sufrió un tiroteo en España cuando iba a la detención de dos más que se habían escapado, ya no corre riesgo después de varios días en el hospital donde sigue hospitalizado”

Me quería morir, en ese momento me llamó Nesta, impactado, estaba al tanto de todo, le daba rabia que la policía marroquí no le comunicaran que él era un infiltrado, que ahora se sentía mal. Me puse a llorar como loca tenía que ir a Marruecos a verlo y al menos pedirle perdón, o llamarlo antes, al menos saber que hice lo correcto después del palo que le había dado, estaba en dudas con que hacer pero ahogada en la pena, en ese momento decidida a salir me llamó mi madre.

—Hola, mamá.

—Hola, hija. Tengo que preguntar algo, pues tu viniste de Chaouen después que nosotros. ¿Como volviste de Marruecos?

—Pues en barco.

—Imagino, pero ¿Con que documentación?

—Con el pasaporte.

—Es que verás hija, tu pasaporte lo tengo yo, en Tánger cuando fuimos a tu compromiso lo metiste en la cremallera de mi bolso y aquí sigue.

Quise desmayarme en ese momento ¡Idiota! Me dije mentalmente.

—Y yo pensando que lo había perdido y pedí un duplicado en Tetuán en la embajada. ¡La que he liado!

—¿Por qué dices eso hija?

—Nada, hablamos en otro momento, tengo una llamada en espera.

—Vale —dijo preocupada.

Terminé de hablar con ella y le dije a Nesta lo del pasaporte, estaba flipando, seguía en shock.

—Me siento un imbécil, en vez de ayudarlo cuando lo vi en el barco, lo hundí más contigo —dijo Nesta.

—La culpa es mía, me siento una idiota.

—No digas eso, tenemos que ver la manera de poder hablar con él.

—Sobre todo yo, pero sé que me va a mandar a la mierda.

—Él no es un irrespetuoso...

—Lo sé, pero vamos me lo dirá con galantería. Te mantengo informado.

—Suerte.

Estuve llamando a Adul un rato pero no me lo cogía así que decidí a ponerle un mensaje.

“Lo siento, fui una idiota, entiendo que no me cojas el teléfono, lo entiendo todo, solo necesito tu perdón”

Un rato después me contestó.

“Mi perdón lo tienes, jamás se le niega a nadie, yo estoy junto a mi madre recuperándome, es más la herida del corazón que la de la bala, solo te deseo que seas feliz y que la próxima vez antes de juzgar hables bien con tu corazón”

En ese momento me di cuenta de que había perdido a mi gran amor, a ese hombre que puso mi mundo de una forma preciosa patas arribas, a ese hombre que me enseñó a amar a pesar de las diferencias culturales.

Capítulo 11



Mi madre ya sabía todo, al igual que todos, estaba pasándolo fatal, todos estaban a mi lado para superar ese dolor que soportaba a mis espaldas, solo necesitaba a Abdul pero sabía que eso era ya imposible.

Lucía hablaba con Naser, ellos nunca supieron lo de Abdul en la policía secreta, lo llevó hasta el final a escondidas para no hacer daño a nadie, era una profesión arriesgada, también le dijo que no quería saber nada de mí, estaba demasiado dolido con mi traición.

Casi un mes que no sabía nada de él y ese fin de semana decidí ir a mi casa de Chaouen.

Layla me recibió con un abrazo fuerte y yo me derrumbé.

—Cariño, lo siento...

—Lo sé, esto es insuperable —dije sin dejar de llorar.

—En el pueblo se cuenta que está en su casa con una depresión al tu haberlo dejado al descubrir que era policía.

—Quiero ir a verlo, no sé qué pasará cuando me vean en su casa, pero voy a ir.

—El no ya lo tienes de que no te deje la familia verlo, pero intentarlo no se

pierde nada.

—Es muy tarde, iré por la mañana cuando desayune.

—Claro, es lo mejor.

Por la mañana Layla me tenía un desayuno abundante sobre la mesa, yo tenía el estómago cerrado pero me tomé el té y me comí una tostada, luego me fui hacia la casa de Abdul, pensé un rato antes de llamar hasta que lo hice.

La mamá de Abdul fue quién abrió la puerta, al verme se puso las manos en la cara y comenzó a llorar, luego me abrazó con efusividad y me llevó hasta el jardín donde estaba su marido que también me recibió con todo el cariño del mundo.

—Lo siento —dije sin parar de llorar.

—Gracias por venir —dijo el padre —Te entendemos, no sientas nada, no tienes culpa, al igual que nosotros no sabíamos a lo que se dedicaba Abdul, ahora está muy dolido pero sé que lo entenderá todo.

—¿Cómo está él?

—Mejor, ya anda con muletas, está con Naser en el médico, no tardará en regresar —dijo ofreciéndome un té.

—Sé que si viene y me ve aquí os puedo meter en un problema.

—No, está dolido pero es respetuoso, jamás te echaría ni diría nada, es un buen hombre.

—Lo sé, voy a pagar toda mi vida esto y bien caro.

En ese momento aparecieron los hermanos y al entrar Abdul las lágrimas no podían dejar de caer sobre mis mejillas. Me dio dos besos, después de saludar en general.

—¿Como estás?

—Bueno, intento llevar mi metedura de pata, mi mala actitud y sobre todo el haber desconfiando de ti.

—Tranquila, siéntate.

Naser me dio un fuerte abrazo, en ese momento me derrumbé más al darme cuenta la preciosa familia que había perdido, todos me preguntaron por la mía, eran todo un ejemplo de unión, respeto y buen corazón.

—¿Vamos a comer a la medina? —me preguntó Abdul en un claro mensaje de hablar más tranquilamente.

—Claro —dije ante la afirmación de cabeza de la madre que deseaba que dijera que sí.

Naser nos llevó hasta la medina y sus padres me despidieron con abrazos y pidiéndome que al día siguiente fuera a desayunar de forma más tranquila.

—Claro, vendré.

En la medina la gente nos miraba al vernos de nuevo juntos, habíamos sido la comidilla del pueblo, pero bueno, era algo inevitable, así que nos sentamos en una terraza.

—A ver Natalia, no te odio, no te guardo rencor, lo del pasaporte fue una coincidencia como ya me dijiste, sé que tengo gran parte de culpa pero, sé que mi corazón no entiende que pensaras que te utilicé, es como sentirme traicionado. A Nesta lo entiendo, tampoco le guardo rencor, intentó hacer su trabajo como yo hago el mío, es más, valoro y mucho que te haya intentado proteger y ayudar, él no me prometió confianza y respeto, eso lo hiciste tú.

Tenía toda la razón, lo había traicionado yo, nada más que yo, estaba que me caía, las lágrimas comenzaron a caer de forma precipitada.

—No me gusta verte llorar, todos nos equivocamos, pero debemos

aceptarlo y a aprender a vivir con el resultado de ello.

—Pagando un precio muy alto... —dije con tristeza.

—No dudes nunca que deseo que seas feliz.

—Ya, eso lo sé, pero me tengo merecido el pagar la gilipollez de mi cabeza y sus conspiraciones.

Lo último que recuerdo hasta que abrí los ojos y me vi a Naser y unos médicos al rededor, al fondo Abdul muy nervioso.

—¿Qué pasó?

—Tranquila, te desmayaste y Abdul me llamó, te trajimos a la clínica.

En esos momentos aparecieron los padres de Abdul muy preocupados, me llevaron a hacer unas pruebas y luego me pusieron en un cuarto con ellos, mientras esperábamos los resultados.

Apareció el médico sonriente, eso me tranquilizó, aquello parecía un funeral.

—Todo genial y el bebé también.

—¿¿¿Qué bebé??? —no entendía nada.

—Su hijo, su embarazo, estás de seis semanas —dijo a la vez que todos se miraban alucinando y yo quería desmayarme de nuevo.

—¿Me puedo ir ya? —pregunté temblando.

—Claro.

Salí de la habitación como alma que lleva el diablo, llorando, odiándome por ser una idiota conspiradora, por tener dentro de mi al hijo de alguien que

no se merecía a la humillación que yo lo había metido sabiendo lo que me contó y no confiando en él.

Nos montamos en el coche de Nasir todos, su mamá me cogió la mano y me dijo al oído que todo iría bien, que no estaba sola, eso me hizo romper más a llorar, prometí ir a verla al día siguiente antes de volver a España.

Me dejaron en mi casa y Abdul se bajó conmigo, les dijo que se fuera, entramos y Layla ya se iba, se quedó extrañada al verme con él.

Preparé un té y me senté con Abdul en el salón, yo no había hablado con él en ningún momento desde que desperté.

—¿Qué piensas hacer? —preguntó en tono suave.

—No lo sé, pero abortar no es una opción, lo voy a sacar adelante, aunque ahora estoy en shock.

—Yo te ayudaré en todo, espero que me lo permitas.

—Eres el padre.

—De eso no tengo duda. Nuestro hijo no tiene culpa de lo que pasó, por respeto a él debemos tener cordialidad y respeto, es el valor principal que debemos enseñarle. El embarazo también quiero pasarlo a tu lado, no quiero que te sientas sola en ningún momento.

Me puse a llorar, sentía rabia, pena, mil sentimientos encontrados, este momento era una puta mierda cuando debía ser precioso y diferente. Abdul me abrazó, acariciaba mi pelo, era demasiado bueno y yo me lo había cargado todo.

Nos quedamos así un buen rato, luego se vino a dormir conmigo, pero sin ningún sentimiento más allá de la protección, él en esos momentos me había dejado de ver como su futura mujer, eso me partía el alma.

—Buenos días ¿Qué tal? —dijo besando mi mano.

—Buenos días, al menos respiro, pero poco a poco —dije levantándome.

—¿Te vas hoy?

—Se supone —pero no sé a qué hora, aún estoy en shock, no tengo la cabeza para pensar ni lo que haré en media hora.

—¿Puedo proponerte algo? —dijo mientras nos sentábamos en el salón con el desayuno que nos había acabado de dejar listo Layla un rato antes y luego se marchó.

—Vale.

—Mañana tengo revisión en Tetuán, podrías acompañarme y luego nos vamos a Cádiz unos días y aprovechamos para hablar con tus padres.

—Vale —dije de forma triste, sabía que él iba a estar en todo, pero no de la forma que yo quería, como antes, pero el saber que estaría a mi lado me hacía sentir algo mejor.

Hablé con mis padres para decirle que llegaba el lunes, por supuesto no me dijeron nada, luego fuimos a casa de los padres de Abdul y le dijimos que íbamos al día siguiente juntos para España para hablar con mis padres, lo vieron lógico y encima mostrando su apoyo en todo momento y para todo.

Luego volvimos a mi casa, estuvimos viendo una película, me abrazaba y besaba la frente, estaba pendiente a mí, era ese hombre que toda mujer necesita en su vida, era todo amor, pero yo lo había perdido.

Volvimos a dormir juntos, al menos para mí era un descanso emocional saber que estaba a mi lado, aunque me abrazaba echaba de menos la efusividad de la atracción con la que antes lo hacía, ahora era más de apoyo, cariño, que aunque fuera mucho, a mí me faltaba lo de antes.

Capítulo 12



Esa mañana salimos temprano para Tetuán a ver a su doctor, ese mismo que le recomendó que debía de empezar en breve a hacer dos veces en semana rehabilitación, volvió a darle cita para la semana siguiente, lo había visto mucho mejor.

Nos volvimos a montar en el mismo coche que nos llevó hasta Tetuán y ahora lo hacía hasta el puerto.

Abdul se pasó todo el camino jugueteando con mi mano, sabía que se estaba dejando la piel en no hacerme sentir que estaba sola.

Llegamos a mi casa y llamé a mis padres para que vinieran, ellos estaban al tanto de mi metedura de pata, de todo menos del embarazo, ya le dije a Bea que los pusiera al corriente de lo que le hice a Abdul y de que no estábamos juntos.

Llegaron y lo abrazaron con cariño, no entendían nada, sabían que ya no estábamos juntos pero se alegraban enormemente de que estuviera allí.

—Os queríamos decir que estoy embarazada —solté sin rodeos.

—¿Sí? —preguntó sonriendo y emocionada.

—Sí.

—¿Lo saben tus padres? —preguntó mi padre a Abdul.

—Sí, están muy contentos con la futura llegada del bebé —dijo sonriendo amablemente.

—Nosotros también —respondió ante la sonrisa feliz de mi madre —Coge los días que necesites y descansa.

—Gracias, papá.

Estuvieron toda la tarde con nosotros, luego se despidieron y nosotros nos duchamos, luego bajamos a cenar a un restaurante frente al mar.

Nos sentamos y Abdul sacó el móvil, nos hicimos un selfie, eso me hizo feliz, era una tontería pero para mí era mucho.

—Nuestro bebé tendrá fotos de todos los momentos del embarazo y de su vida —dijo sonriendo —Todo irá bien.

—Gracias, me siento extraña, no sé cómo actuar, me siento tonta y frustrada por haber desconfiado de ti —dije con pena.

—Por nuestro bebé todo irá bien —dijo de nuevo, esquivando todo, sabía que lo había perdido.

—Siempre hablas refiriéndote a que será un niño ¿Y si es una niña?

—Pues tendré una princesa —dijo tan señor como siempre —¿Qué planes tienes para estos días?

—Pues nada...

—Tengo que hablar con mis jefes de Marrakech, me preguntaba si te apetecería pasar allí unos días y luego nos vamos otros a Chaouen, además en

Marrakech podríamos ir a visitar a uno de los mejores ginecólogos del país.

—Vale.

—Y si quieres después de todo, vamos a Tetuán a visitar a mi médico y volvemos a Cádiz otros días.

—Me gusta la idea —dije sin ocultar mis ganas de estar a su lado en todo momento.

—Pues nos vamos pasado mañana.

—Perfecto.

Llegamos a casa y Abdul se quedó mirando vuelos, yo me tiré en el sofá y me agarró la mano, aguanté para no llorar.

Hablé con Lucía, el miércoles nos llevaría al aeropuerto de Málaga, más tarde nos acostamos y me abracé a él, que me refugió en sus brazos.

Al despertar tenía un mensaje de Bea, querían comer ella y Nesta con nosotros, Abdul dijo que por supuesto.

Pasamos la mañana preparando las cosas para el viaje y al medio día fuimos al encuentro de Nesta y Bea, ya estaban en el restaurante y se levantaron inmediatamente para recibirlo.

—Siento todo, te pido perdón —dijo Nesta.

—No es necesario, hiciste tu trabajo, yo también lo hubiera hecho, ante todo somos compañeros y debemos comprender el trabajo de los demás, por eso no tengo nada que juzgarte, pero si hubiera sabido que me vigilas... —soltó una risa.

—Todo hubiera sido diferente si yo hubiera sabido la verdad.

—Ya, pero ya sabes nuestro trabajo, ni a la familia podemos contarle las

cosas, pero te juro que te agradezco la protección que le diste a Natalia.

—¿Y ahora que será de ti? —preguntó Nesta.

—Por ahora me queda mucha baja —dijo poniendo los ojos en blanco y sonriendo —Mañana nos vamos a Marrakech, en un futuro pediré quedarme en alguna dependencia cercana a casa, pero nada de infiltrado, hay pacto con los presos para que no hay represalia, así que ahora me centraré en lo que viene en camino —dijo tocándose la barriga.

—¿¿¿Estás preñada??? —preguntó alucinando Bea.

—Estamos embarazados —dijo Abdul sonriendo.

Pasamos una preciosa tarde, nos prometieron venir un fin de semana a Marruecos de relax.

Nos acostamos temprano, al día siguiente salíamos a primerísima hora para Málaga.

Lucía llegó a las seis de la mañana y paramos por la mitad del camino para desayunar, ella estaba flipando con lo del embarazo, nos dijo que el fin de semana nos encontraríamos en Chaouen ya que ella iría a ver a Naser.

El vuelo fue rápido, apenas una hora y ya estábamos en Marrakech donde cogimos un taxi para que nos llevara al Riad que Abdul había cogido en la famosa plaza de Jemaa El Fnaa.

Dejamos las cosas en la Riad, la plaza estaba vacía, era por la noche cuando cobraba una vida especial que solo se podía respirar en aquel lugar, así que por la noche la pasearíamos.

Lo acompañé a su trabajo, toda la oficina cuando lo vio entrar se puso de pie y comenzaron a aplaudirle, aquello me puso los bellos de punta.

Su jefe le hizo un recibimiento rápido e informal, le dijo que se tomara el

tiempo necesario para recuperarse y decidir donde quería ir, le propuso varias opciones, entre ellas en España dentro del Consulado o Embajada, él le dijo que lo pensaría y firmó los papel para cerrar la operación que había dejado atrás de infiltrado.

Nos fuimos a pasear por esa medina, ese olor, ese color rojizo, sabor de todo lo que iban preparando, era una sensación tan placentera que hacía que te perdieras por aquel laberinto de la forma más relajada.

Esa tarde fuimos al ginecólogo, todo estaba perfecto, nos recomendó volver en dos meses.

Abdul estaba cariñoso, atento, nos fuimos hacia la plaza a cenar a una terraza con el ambiente de esa magia del lugar por la noche, lleno de vida, de color, de sabor, de ambiente.

Por la mañana cuando amanecí Abdul estaba besando mi barriga, se me erizó la piel y me dieron ganas de llorar.

—Buenos días, mami, tenemos que desayunar —dijo Abdul con un sonrisa preciosa.

—Buenos días, papi —sonreí emocionada.

Fuimos a un bar de la plaza a desayunar, yo me quedé mirando a una chica que venía hacia la terraza donde estábamos desayunando, era preciosa, caribeña, elegante, impresionante, pero me quedé muerta cuando la vi mirar a Abdul y venir hacia él.

—Volviste a Marrakech —dijo ella sonriendo pero yo juraría que con ironía.

—Sí, asunto de trabajos...

—Pensé que teníamos una conversación pendiente —se cruzó de brazos

esperando una respuesta por parte de Abdul.

—No, no tengo nada que hablar contigo, me alegro verte bien —dijo Abdul extendiendo la mano para que se fuera.

—Espero que no te arrepientas, ojalá vuelvas a sonreír.

—Lo hago, mejor que nunca.

—Hasta luego, Abdul.

—Adiós, Mía.

Miré a Abdul cuando se fue.

—Es ella la de la que no quieres hablar de tu pasado ¿Verdad?

—Sí, trabaja aquí en la embajada de su país, la conocí, tuvimos algo y me engañó con un compañero.

—¿Te sigue doliendo aquello verdad?

—La traición, ella no.

Decidí cambiar de tema, no quería agobiarlo, así que desayunamos charlando y luego nos fuimos a comprar ropa para un evento que nos habían invitado.

Volvimos a encontrar a Mía en la recepción del hotel pero pasaron el uno del otro.

Me vestí, maquillé y peiné.

—Estás preciosa —dijo al verme sacando el móvil para hacerme una foto.

La velada fue amena, con personas simpáticas, amables, cariñosas, así era

la gente de Marruecos y me hacían sentir muy cómoda.

Abdul me abrazó al acostarnos.

—En Chaouen te espera una sorpresa, espero que sea de tu agrado.

—Gracias —lo abracé fuerte.

—Eres toda una campeona y una luchadora, vas a ser una gran madre.

—Y tú un gran padre.

—Lo intentaré, pondré todo el esfuerzo del mundo para no fallaros.

—Aquí la única que fallo soy yo —dije poniendo cara de tristeza.

—No te quiero ver triste —ahuecó su mano en mi cuello y me besó la frente.

Nos dormimos abrazados, como una pareja, sin serlo, pero yo me conformaba con eso, con sentirlo a mi lado, después de la que había liado no me merecía menos.

Capítulo 13



—Buenos días, mami —besó mi frente.

—Buenos días, Abdul —dije con tristeza.

—¿Dormiste bien? —preguntó preocupado.

—Sí.

—¿Entonces que te pasa?

—Nada, prefiero no hablar —las lágrimas comenzaron a brotar por mis mejillas.

—¿No quieres contármelo?

Como contarle a él que lo amaba con todas mis fuerzas y que necesitaba ser más que la madre de su hijo, que sabía que me protegería, que me cuidaría, pero eso no era suficiente, yo lo quería como mucho más, como mi prometido, como el hombre con el que hacer planes de futuro.

—Necesito desayunar —me levanté esquivando la pregunta.

Bajamos a desayunar y él estaba muy atento, pero se le veía preocupado por

mí, yo miraba a la plaza, esa terraza me encantaba, pero claro, volver a ver a Mía ahí...

—Parece que nos persigue —dije resoplando.

—Ignórala...

Cuando terminamos de desayunar y nos disponíamos a ir, se escuchó la voz de Mía.

—Adiós, Abdul —dijo en tono sarcástico.

—Adiós —dijo dándose la vuelta sonriendo a modo ironía.

Recogimos las cosas y nos montamos en el taxi que nos llevaría a Chaouen, el camino era bonito, me gustaban los contrastes de aquel país, dos horas y media después paramos a comer en Casablanca, aprovechamos antes de ir a comer para tirarnos unas fotos delante de la Mezquita a pie de mar.

Entramos al restaurante y nos pusimos en una esquina de lo más bonita, Abdul pidió la comida.

—¿Estás feliz con el embarazo?

—Sí, al menos tengo algo importante de ti. Me da mucha pena la situación, me da dolor, pagaré siempre la culpa de haber cometido el mayor error de mi vida —dije con tristeza.

—No digas eso, estoy aquí ¿No me ves?

—Sí y sé que siempre estarás, pero algún día tendrás que hacer tu vida, conocer a otra mujer y crear tu familia con alguien que no seré yo.

—Yo nunca incumplí nada de lo prometido, estaré solo con ustedes, siempre que tu no hagas lo contrario, entonces me habrás fallado tu en este aspecto, pero por ahora mientras no rompamos eso, estaré con ustedes y para ustedes.

Bueno, así era Abdul, noble y grande, aun sabiendo que podría hacer su vida prefería quedarse con nosotros, aunque no tuviera ya conmigo esa relación sentimental, pero no dudaba de eso, de su palabra, sabía que no nos dejaría solos.

—Gracias.

—Gracias a ti por darme la oportunidad de ser padre.

Tras la comida nos montamos en el taxi y nos llevó ya directos a Chaouen, su madre apareció con una deliciosa sopa “Harira”.

Se quedó a tomar un té, todo el tiempo acariciando mi mano, me adoraba y nos invitó al día siguiente a comer, accedimos sin pensarlo.

Por la mañana Abdul no estaba en la cama y al bajar me lo encontré con Layla preparando el desayuno.

—Buenos días —dijo Layla dándome un beso y tocando mi barriguita mientras Abdul sonreía sobre la barra de la cocina.

—Buenos días, Layla —la abracé.

Luego me fui hacia Abdul y le di un beso en la mejilla, el me abrazó dándome los buenos días.

Me encendí un cigarro, el único que me fumaba en el día con el café, el resto del día ya había dejado de fumar, pero el del desayuno era imposible y no quería tener ansiedad.

—Vamos a ir a comprar los muebles de la nueva casa.

—¿De la casa que te has comprado?

—De la casa de nuestro hijo, en la que viviremos —dijo sacándome una

sonrisa pero a la vez sabiendo como estaba el tema, no era de la manera que yo quisiera, pero el saber que viviría con él me daba una cierta esperanza.

—¿Qué tienes pensado comprar?

—Pues la cocina, salón, nuestro dormitorio, el del bebé, toda la casa.

—El del bebé sería mejor esperar a saber el sexo.

—Tienes razón, pues lo dejamos para más adelante. ¿Qué más te apetece que compremos?

—Mi traje de novia —dije bromeando pero siendo sincera con mi corazón.

—No lo veo yo claro que tú quieras eso.

—Pídemelo y lo verás.

—¿Y dónde viviríamos?

—Donde quieras, en Marruecos, si quieres parto el pasaporte —reí.

—Ojalá te pudiera dar esa boda mañana mismo, pero soy un hombre que se guía por el corazón y la razón, no estoy en buen momento para darte como hombre lo que necesitas, aunque lo quiera olvidar aún me duele mucho.

—Metí la pata, bien grande, te hice daño, pero te prometo que aunque no tengamos nada, haré que ese dolor desaparezca.

Nos abrazamos y nos fuimos a comprar los muebles, el lugar era precioso, todo bien puesto, de diseño, no dudamos ni un momento, coincidimos en todo y salimos con la compra lista, en breve nos lo llevarían.

Fuimos a casa de sus padres, yo me puse en un balancín del jardín un rato con Amina.

—Me alegra que os vayáis a vivir a la casa nueva, él te quiere mucho, dale tiempo, todo volverá a ser como antes.

—Hoy bromeé diciéndole que me pidiera matrimonio y rompía hasta mi pasaporte para quedarme con él aquí para siempre —dije causando una carcajada en Amina.

—Seguro que os casaréis, él es un hombre que necesita tiempo para aliviar el dolor, pero lo hace.

Comimos y luego nos fuimos a hacer una compra al super para toda la semana, queríamos quedarnos allí ya relajados.

Capítulo 14



Esa mañana el sol estaba entrando fuerte por la ventana, se notaba que ya comenzaba el clima totalmente veraniego.

—Buenos días, jefe —dije en plan bromista, me había llevado feliz y estaba dispuesta a darle caña para que cayera de nuevo en mis redes.

—Buenos días ¿Jefe? —preguntó extrañado.

—Ajá...

—¿Ajá?

—Claro, eres el jefe, estoy a su merced, si yo fuera la jefa, estarías entre mis piernas —dije aguantando la risa.

—Madre mía, que mal te has levantado —reía mientras acariciaba mi cara.

—Cuando terminemos del médico en Tetuán podríamos aprovechar para ir a comprar mi traje de novia ¿No?

—¡Natalia! —rio.

—Una pregunta ¿Esto así puede durar años?

—Toda una vida, si quieres.

—¿Pero sin sexo? —puse cara de terror.

—Vamos a desayunar —rio cogiéndome en brazos y levantándose de la cama.

—¿Nada de sexo? —volví a recalcar.

—¿En serio eso quieres?

—Un poquito —junte los dos dedos mientras ponía los ojos en blanco.

Me soltó riendo y bajamos a desayunar, Layla nos recibió muy simpática como siempre y nos puso el desayuno en la mesa.

—Abdul, una cosa. Si no tenemos nada, tendremos que dormir separados en la casa nueva —dije en un intento de buscarle la lengua.

—Eso no es bonito para nuestro hijo, lo mejor es que nos vea unidos.

—Y ver a sus padres besarse...

—Siempre te beso —arqueó la ceja.

—Pero no en los labios...

—Anda come, que te veo hoy disparada.

—Solo quiero un poquito de sexo —repetí ante la risa de él.

—¿En serio deseas eso?

—Tengo un tío en mi cama, guapo, sexi, sensual, con una cara que con solo mirarme me derrite ¿En serio me preguntas si deseo eso?

—Desayuna —sonrió señalando al plato con las tostadas.

—Sí, porque es lo único que me va a entrar por lo que veo —puse cara de tragedia.

Salimos al taxi que nos esperaba para Tetuán, la visita al médico fue la confirmación a que no tenía que volver más, ahora comenzaba la rehabilitación en Chaouen con unos fisioterapeutas que había contratado Abdul.

Nos adentramos en la medina de esa ciudad, era preciosa, todo un caos, llena del ajetreo de la vida de ese lugar, que por cierto fue declarado Patrimonio de la Humanidad.

Comimos en un restaurante muy bonito, luego seguimos paseando y comprando especias, aceitunas y todo lo que veíamos que nos apetecía.

En ese momento sonó el teléfono y era mi madre.

—Hola, mamá.

—Hola, hija. ¿Qué tal estáis?

—Bien, ahora vimos al médico de Abdul y todo perfecto, yo también estoy genial.

—Me alegra, papá está preocupado, no quiere que hables de venir a trabajar hasta después del embarazo, quiero que te quedes allí con Abdul, sabemos que estás en las mejores manos.

—Lo hablaré con Abdul, pero no os preocupéis.

—De verdad cariño, disfruta del embarazo.

—Os quiero.

—Yo también, hija.

Colgué y se lo conté a Abdul, a mí me apetecía quedarme con él, tomarme un año sabático, de todas formas seguía cobrando, conocía a mi padre.

—La verdad es que no tengo necesidad ahora de trabajar y mi sueldo no me va a faltar.

—No te faltará nunca, para eso estoy yo. El viernes está la casa lista y amueblada, podríamos irnos a vivir allí.

—Pues sí, además así gano tiempo para conseguirte como hombre —le saqué la lengua.

—Claro ¿Por qué no?

Paseamos felices, se nos veía así, quitando aquello de que éramos uno, pero sin sexo.

Al regresar a Chaouen y entrar en la casa recibió una llamada que lo hizo ponerse nervioso, cuando colgó le pregunté.

—¿Qué pasa?!

— La casa de abajo de la redada está bajo sospecha, entran esta noche y quieren que me quede a lo lejos en el coche camuflado bajo vigilancia, no se fían de los otros.

—¿Irás?

—Tengo que hacerlo, y esta vez si me vas a esperar y no harás ninguna tontería.

—Tengo miedo.

—Confía en mí.

—Estás de baja, no andas bien.

—Hazlo bien esta vez, Natalia.

—Vale.

—Prepara las cosas, esta vez te quedas con mis padres. Y por favor, haz que me vaya tranquilo, esta vez prométeme que de verdad, pase lo que pase, escuches lo que escuches, no te moverás hasta que yo vuelva.

—Te lo juro, mi vida —dije echándome a llorar.

Hice una pequeña maleta y fuimos a casa de sus padres, los puso al tanto y se quedaron preocupados, pero lo despedimos dándole nuestro apoyo.

Esa noche dormí en la habitación de Abdul, estaba nerviosa, me mande mensajes con Lucía que venía el jueves, la recogía Naser en el puerto de Tánger.

Amanecí triste al no verlo a mi lado, pero al bajar a la cocina lo vi sonriendo con la madre desayunando, salí corriendo a abrazarlo.

—¿Bien? —pregunté emocionada.

—Sí, todo bien —sonrió y volvió a abrazarme.

Todo había salido bien y se le notaba tranquilo, relajado y con un brillo especial en los ojos, a su mamá también que no paraba de acariciar mi barriga.

De ahí nos fuimos a la casa y nos tiramos el día de relax, por la noche salimos a cenar y estaba de lo más cariñoso, atento y feliz.

—Gracias por esta vez no haberme complicado las cosas, vuelvo a confiar en ti —dijo besando mis labios por encima de aquella mesa del restaurante y provocando una felicidad enorme en mí.

—¿Eso significa que esta noche follamos? —pregunté con descaro.

—Eres una mal hablada, pero sí, si lo deseas, yo también —me hizo un guiño.

Eso pasó, cuando volvimos, me desnudó con tacto y deseos, era Abdul en toda su esencia, controlando todo en todo momento, haciéndome sentir la mujer más feliz del mundo, como el resto de la semana hasta el miércoles, que me acosté con la emoción de que llegaba mi amiga al día siguiente.

Capítulo 15



Ahí estaban mis amigos, Bea, Nesta y mi Lucía, se sentaron en el salón del tirón a tomar el té que le habíamos preparado.

—Estás más guapa —dijo Bea sonriendo.

—Es verdad, tienes un brillo especial.

—Eso es porque he follado —dije bruscamente y los tres chicos se giraron alucinando.

—Joder, no he matado a nadie y sexo creo que todos tenemos ¿O no? —levanté las manos a modo pregunta.

—Pero se puede ser más fina —dijo Lucí riendo.

—Por ejemplo —reafirmó Abdul mientras arqueaba la ceja.

—Ya. Lo digo a modo fino —me estaba saliendo mi alma más bromista — Mi felicidad se debe a que sentí en la cama un cosquilleo interior que terminó siendo de lo más placentero —ladeé la cabeza —¿Así mejor?

—Sí, sí —dijo Bea para que me callara ya.

—Vamos a salir a cenar a la plaza —dijo Abdul levantándose —encargué la comida y nos la deben de tener preparada.

Nos levantamos todos dando por censurada la conversación de mi polvo estelar, pero oye, que me hacía mucha ilusión que mis amigas supieran que volvía a sentir alegría para el cuerpo, fui bruta, lo fui, pero era mi alma más alocada.

Durante la cena le dijimos a los amigos de enseñarle la casa al día siguiente, de nuestros propósitos de irnos a vivir en breve a ella.

No me podía creer lo que estaban viendo mis ojos, a Mía flechada hacia Abdul.

—No tienes la vergüenza de cogerme el teléfono —dijo gritando como loca, sin importarle los que estábamos en la mesa.

—¿Qué haces aquí? —preguntó a la vez que se levantaba.

—Vamos a hablar, tenemos que hacerlo, lo sabes.

—No, ni es el lugar, menos el momento y en caso de ser así seré yo quien decida dónde y cuándo.

—Va a ser ahora —dio un golpe sobre la mesa.

Miré a todos que permanecían callados, alucinando con la situación, me hubiera levantado y cogido a Mía por el cuello pero debía mantenerme al margen.

—Disculpad —dijo Abdul levantándose, marchándose hacia la puerta y ella siguiendo a él como un perro faldero.

—¿Esa quién cojones es? —preguntó Lucía.

—Su ex, hace cinco días que la vimos en Marrakech y ya estaba pesada, no entiendo que tiene que hablar con Abdul.

—No pensemos mal que la liamos —dijo Bea mirando a Nesta que le daba la razón con la cabeza.

Miraba hacia fuera y los veía discutir, ella lo señalaba como a modo recriminación, cosa que ella fue la que lo traicionó.

En ese momento apareció la madre de Abdul y vi como le decía a Mía en tono enfadado de todo, no podía escucharlo pero se notaba que le estaba dando la que se merecía.

Salí hacia fuera y le pedí a la mamá que entrara conmigo, me la llevé casi a la fuerza, Abdul me lo agradeció con la mirada.

—No entiendo que hace aquí, es una ruina de mujer —dijo inclinando la cabeza saludando a mis amigos.

—Yo no entiendo nada —resoplé.

Se veían a lo lejos diciendo de todo, uno a otro, sofocados, hasta que le dijo algo y se vino hacia dentro, la dejó mirándolo con un odio que no podía con ella.

—Lo siento —dijo sentándose —A ver si entiende de una vez que lo nuestro terminó que ya no queda nada.

—¿Pero que quiere hijo?

—Pues desde que me vio con Natalia le entró un arretrato, sabe que no tiene nada que hacer conmigo, pero ahora se ve que eso la enfureció, espero que le haya quedado todo ya claro.

—Esa mujer es una sinvergüenza...

—Ya, por favor, mamá.

—¿Ya? Le hubiera dado de cates hasta dejarla sin memoria. Bueno me voy, que salí a coger un poco de carne que quiero cocinar.

Nos despedimos de ella y se marchó negando con la cabeza.

Cenamos en todo ya más relajado, lo de Mía nos había cortado el cuerpo. Naser se mantenía al margen de todo, pero por su rostro se notaba que hubiera hecho algo.

Volvimos todos a la casa y tomamos un último té en el salón, luego nos fuimos a las habitaciones y aproveché para hablar con Abdul.

—Quiero saber todo —dije mientras me metía en la cama.

—No hay por lo que preocuparse, esto terminó y no debe afectarnos.

—Parece que te tenga puesto un radar...

—Estuve tres años con Mía, no fue solo la traición, pasó algo muy fuerte entre nosotros.

—¿El qué?

—Estuvo embarazada, a mí me hizo feliz esa noticia, lo teníamos todo preparado para la niña que iba a venir. Me tuve que ir al sur del país a trabajar. Ella se puso de parto antes de tiempo, no me dio tiempo a ir junto a ella para ese momento, que encima se complicó y la bebé nació muerta. Ella me lo reprochó mil veces, a causa de eso entré en depresión. Una noche estaba de guardia y me escapé a darle una sorpresa, la encontré con mi compañero de trabajo, ellos no me vieron, me fui rápidamente sin decir nada.

—Lo siento.

—Al día siguiente recogí las cosas, además que venía acorde a que tenía que acabar la operación aquí, así que me traje a mi familia y en ese instante apareciste tú.

—Todo es reciente.

—Sí, además que me llenaste el alma, no me imaginé que me pasara algo

así nunca.

—Y te fallé —dije con pena.

—Sí y te perdoné, pero no pensaba volver contigo, me dolía otra traición, de diferente manera pero lo vi así. Luego supimos lo del embarazo y eso me hizo comprender que sola no te iba a dejar ni un momento, no volvería a hacer eso en la vida.

—Pero te he vuelto a conquistar —le hice un guiño.

—Me has devuelto la vida.

Nos abrazamos hasta quedar dormido, había comprendido muchas cosas, sobre todo el no saber ella por qué se fue un día de la noche a la mañana, sin saber que él lo sabía todo.

Por la mañana nos fuimos a desayunar a la plaza, todos menos Naser, estaba duchándose y llegaría en un momento, la mamá de Abdul estaba por llegar, nos había avisado que vendría.

Nos sentamos en esa terraza con ese sol que estaba ese día espectacular, cuando de repente escucho.

—Si te mueves te rajo —sentí un cuchillo en mi yugular.

Abdul se levantó rápidamente y sacó la pistola.

—Suéltala o te juro que disparo.

—Hazlo si eres capaz.

Bea y Lucía estaban chillando y llorando nerviosas, se escuchaba el murmullo de la gente mirando de alrededor.

—¡Suéltala!

—No, si yo no tuve a nuestra hija, ella no tendrá nada tuyo —dijo

refiriéndose a mi embarazo.

—La mato —escuché a la mamá de Abdul y la vi venir hacia nosotros sin miedo, pero Lucía la paró.

En esos momentos sentí que ella caía al suelo y me levanté corriendo, al girarme vi que Nesta la había reducido y dos polis que llegaban al ver el revuelo le pusieron inmediatamente las esposas al decírselo Abdul.

—Gracias —dijo Abdul abrazando a Nesta —Gracias de todo corazón.

—No hay de que, cualquiera lo hubiéramos hecho.

Naser llegó en esos momentos y se quedó flipando, viendo a Mía que se la llevaban detenida.

—Lleva a todos a casa, yo voy con Naser a la comisaría, me voy a encargar de que le metan un puro y se aseguren de que no vuelva.

—Claro.

Nos fuimos todos a casa de la mamá de Abdul, que seguía chillando, maldiciendo a Mía de todas las maneras habidas y por haber.

Nos pusieron un té.

—De verdad que lo mío es alucinante, mis últimos tres meses lo sacan en película y dicen que es una mierda por la de ficción que le habrían metido, desde luego que bueno el refrán que dice que la realidad supera a la ficción ¡Qué me lo digan a mí!

—O a mí —dijo Lucía provocando la risa de todos.

—En serio chicas, es pura incredulidad pero pasó —decía Bea angustiada —esperemos que cesen los momentos de sobresalto ¡Por Dios!

Comimos con la mamá de Abdul y su hermano, ellos no iban a venir a

comer, avisaron que hasta que no se la llevaran no iban a hacerlo.

Sobre las ocho de la noche volvieron.

—Listo, estaba de baja porque dijo que estaba mala, ya saben cuáles son sus males, la van a inhabilitar un año de su trabajo, entre otras cosas por intento de lesiones, engaño en su puesto y acoso a un agente. Así que la llevan a Marrakech, de allí para su país y luego no podrá volver a pisar Marruecos, le darán destino en otro lugar.

—Pues yo que me alegro, sobre todo por mi salud mental —dijo su madre juntando las manos y mirando al cielo en señal de agradecimiento.

Cenamos allí, luego nos fuimos a la casa y estuvimos hasta las tantas en el salón.

Al día siguiente lo pasamos en la playa, nos fuimos a un chiringuito de una preciosidad de lugar en la costa, a una hora y media del pueblo, donde pasamos un divertido día.

—Este país lo tiene todo —dijo Nesta.

—¿A que sí? —respondió Bea con una pregunta.

—Por eso quería tener una casa aquí, está muy cerca a pesar de parecer estar en la otra parte del mundo. Esto es calidad de vida, esto es la paz que todos de vez en cuando necesitamos.

—Y tú ahora más que nunca —dijo Abdul tocando mi tripa.

A la mañana siguiente nos despedimos de nuestros amigos y tomaron rumbo a España.

Capítulo 16



Lo que más me gustaba de mi casa es que días como ese de sol podía desayunar en mi azotea, una preciosa terraza decorada al estilo marroquí, como toda mi casa.

Abdul tenía una sonrisa especial, parecía que ya se hubiera quitado otro peso importante de su vida, Layla nos estaba poniendo el desayuno y a él no se le quitaba la risa de la cara, eso me ponía feliz, me hacía sentir cómoda.

El relax del amanecer del pueblo se palpaba desde la terraza, me encendí el cigarro para disfrutar del momento café, seguía con ese cigarro diario nada más levantarme pero era todo un logro.

En ese momento me dio por pensar que si no estuviera embarazada Abdul no estaría conmigo y eso me entristecía.

— He pensado que vayamos a comprar ahora todos los utensilios de cocina y también toallas, sábanas y lo necesario para dejar la casa lista.

—Claro, me parece genial

—Mañana si quieres nos podemos ir a Cádiz, estamos unos días con tu

familia y cuando volvamos nos instalamos en la casa nueva.

—Eso es una pedazo de idea —dije feliz.

Después del desayuno nos fuimos a comprar todo, a Tetuán donde pasamos el día y volvimos cargados a la casa nueva donde colocamos todo, ya estaba amueblada completamente, Amina estaba ayudándonos feliz.

—Mamá mientras estoy en Cádiz pide que me trasladen toda la ropa y mis cosas aquí, por favor.

—Claro, hijo —dijo dándole un beso muy emocionada.

Volvimos a mi casa y caímos rendidos, el día había sido bonito, pero muy agotador.

Por la mañana tras el desayuno me despedí de Layla y nos fuimos hacia Tánger, estaba feliz de reencontrarme con mis padres.

Lo primero que hicimos al llegar a Cádiz fue ir a verlos, estaban felices, mi padre me dijo que por ahora no pensara en volver, que debía de disfrutar de mi embarazo y de mi vida junto a él, que la empresa me podía seguir manteniendo el sueldo sin contar conmigo y delegando más en mi hermano.

—De todas formas, conmigo no le va a faltar de nada, se lo puedo asegurar.

—Lo sé, pero la empresa es de todos, la hemos luchado, así que su parte la seguirá teniendo.

Pasamos el día con mis padres y por la noche nos fuimos a mi casa a descansar, por la mañana había prometido Abdul a Nesta que pasaríamos por su trabajo, los compañeros conociendo el asunto de él estaban locos por conocerlo.

Por la mañana se fue Abdul al encuentro con Nesta, yo decidí quedarme en casa, quería preparar toda la ropa de verano para llevármela.

Volvió feliz, dice que había notado mucho cariño y respeto por el equipo de Nesta, además de que Bea había avisado a Lucía y que nos íbamos todos a comer pescado frito.

Nos reunimos todos y yo estaba de lo más feliz con todos mis chicos juntos, aunque faltaba Naser.

—Me quiero ir a Chaouen en junio —dijo Lucía —Unos quince días, dice Naser que va a buscar algo para nosotros.

—¿Eres tonta? Yo me voy ya a la nueva casa, os quedáis en la mía en la medina.

—Ah, pues si os vais, sí, pensé que aún tardaríais más en hacerlo.

—No, ya está lista —dije aplaudiendo emocionada.

—Nesta y yo también os daremos fecha para ir, ya que tenemos casa —dijo Bea bromeando.

—Pues claro, feliz me haréis.

—Por cierto, tu padre delegó en mí parte de tu trabajo, hasta me subió el sueldo, ni se te ocurra volver —dijo muerta de risa produciendo una carcajada.

—Tranquila, no tengo pensado volver por ahora —dije señalando mi barriga.

—Por cierto —dijo Lucía —¿La boda para cuándo?

—Por mi ¡ya! —exclamó sonriendo Abdul —antes de que el barrigón vaya para arriba.

—¡Acepto! —grité levantando las manos.

—¿En serio? —preguntó feliz mientras sonreía.

—Y tan en serio, vamos no te dejes escapar... —solté una carcajada.

—Pues hablaremos con tus padres y los míos, nos tendremos que poner en marcha.

—¿Donde la celebraréis? —preguntó intrigada Bea.

—A mí me gustaría en Tánger, hay un lugar precioso, con unos jardines impresionantes y lo preparan todo espectacular.

—Pues a Tánger que nos vamos a casarnos —dije convencida.

Mis amigos estaban de lo más contentos, llamé a mi madre y le dije que por la mañana Abdul y yo iríamos a desayunar.

Llegamos a mi casa esa noche y Abdul me agarró las manos.

—No es lo que tenía pensado al pedirte matrimonio, pero surgió así, de todas formas quiero decirte que eres el amor de mi vida, que soy feliz junto a ti, que deseo ver la cara de nuestro bebé y que te voy a hacer feliz todos los días de tu vida.

—Pues ahora quiero un polvo —solté rompiendo el romanticismo y provocando una risa en él mientras ponía los ojos en blanco.

—Por eso te amo, por ese corazón y ese punto de locura —me cogió en brazos y me llevó a la cama.

Hicimos el amor felices, sin dejar de sonreír, pensando que en breve comenzaríamos una vida en común.

Por la mañana nos fuimos a desayunar con mis padres, se emocionaron con la noticia, mi mamá me dijo que me raptaba un rato y mi papá se fue a las

bodegas con Abdul para probar unos vinos que mandaría a Tánger para la boda.

Fui con mi madre a la tienda más exclusiva de Jerez, unos trajes de novia impresionante, tuve un flechazo con uno de una caída espectacular y tirantes finos, sobre la cabeza no llevaría nada, el pelo suelto, quería ir espectacular pero sin tanta parafernalia.

Ese día con el traje comprado que mi madre me llevaría a Marruecos para el día y los vinos elegidos, comimos con mis padres y hermano, no podían ocultar su emoción.

Al día siguiente estuvimos mirando joyerías hasta decidirnos por las alianzas, las dos iguales, de oro blanco y amarillo mezclado, eran preciosas.

Volvimos a Marruecos, aprovechamos la entrada a Tánger para aprovechar ver el lugar, escogimos los menú, aquello era impresionante, la boda iba a quedar de ensueño, además se celebraba allí mismo en un altar la ceremonia civil y luego el convite en los jardines.

De allí fuimos a Chaouen, flechados a comer con sus padres que nos esperaban y al que les comunicamos la noticia, su mamá no paraba de aplaudir emocionada y de comerme a besos, era mi segunda mamá, no me cabía duda.

Nos fuimos a mi casa, al día siguiente nos mudábamos a la nueva y había que empacar todo, además soltamos todo lo que me había traído de España en la casa nueva.

Layla nos recibió sonriendo.

—Me gustaría pedirte que te vinieras a trabajar con nosotros a la nueva casa —dijo Abdul a Layla ante mi sorpresa.

—Por supuesto, será para mí un placer.

La besé emocionada y abracé a mi chico, eso me parecía un gesto precioso, además Layla era muy importante en mi vida.

Al día siguiente trasladamos las cosas para la casa nueva y Layla se vino también, la mía la dejaríamos para cuando vinieran los familiares y amigos a vernos a Marruecos.

Habían invitado a Abdul a una fiesta de día el fin de semana en Tánger, aproveché para ponerme el vestido tipo chilaba de la boda de la hermana de Layla, además con mi pelo suelto y los labios rojos, estaba preciosa, Abdul no paraba de decírmelo.

Estábamos en el hotel alojados donde era el evento, salimos y aquello era Miami a lo marroquí, lleno de gente que se veía que tenían altos cargos.

Me presentaron a Fátima y Malika, dos mujeres de compañeros de Abdul. Fátima de lo más simpática y divertida, Malika era más cortona, vivían en Tetuán y quedamos en que algún día iría a visitarlas y ellas a mí, por supuesto estaban invitadas a la boda.

Pasamos un fin de semana con ellos espectacular y ya nos despedimos, así que volvimos a Chaouen, a nuestra nueva casa, esa que tanto me gustaba.

Abdul se lio con los preparativos, con la rehabilitación, los días volaban y solo faltaba dos para irnos a Tánger, ese fin de semana se celebraría la boda, así que quedamos con mis padres el viernes y los padres de Abdul también se venían.

Nos juntamos todos en el hotel, emocionado, mi madre traía todo, me probé el vestido y estaba perfecto a mi cuerpo.

La mamá de Abdul no paraba de charlar con la mía, congeniaban muy bien, mi madre con ella se sentía cómoda y feliz de que estuviera a mi lado durante mi vida en Marruecos.

Capítulo 17



Era el soñado día...

Maquilladoras, peluqueras y los nervios a flor de piel, me veía guapísima, mi padre se emocionó al verme, me puso mi brazo para llevarme a encontrarme con el que a partir de ahora sería mi marido.

Aquello estaba lleno de gentes, a los lados, mis amigos me saludaban felices, la mamá de Abdul que estaba a su lado en el altar se puso a llorar al verme y él se emocionó.

—Estás preciosa —dijo dándome un apretón de manos.

Lo abracé rompiendo todos los protocolos, pero me importaban una mierda, era lo que necesitaba en ese momento y sobre todo deseaba, así que eso hice y se puso todos los invitados a aplaudir.

La ceremonia fue preciosa, de ensueño, con declaraciones del uno al otro que emocionaron a todo el mundo.

En la fiesta estaban todos nuestros amigos, incluidas Fátima y Malika, que congeniaron muy bien con Bea y Lucía.

El día fue de cuentos, jamás imaginé una boda así, superó mis expectativas, la velada la amenizaban un grupo marroquí y uno español tirando a flamenco, esa mezcla fue de lo más explosiva y emocionante, tan parecido todo, tan bonito, gente con sus chilabas impecables, los nuestros con esos vestidos tan bonitos para la ocasión, aquello era todo de cuento de hadas.

Nesta estaba super emocionado, me hizo mucha gracia, no paraba de decirnos lo feliz que le hacía estar con nosotros.

—Tenemos que aguar la fiesta y comunicar algo —dijo Naser provocando el silencio en todo el jardín, micro en mano.

—Ay que me lo veo venir —dije poniendo las manos en la boca y Abdul me miró sonriendo.

Miré a Naser que estaba a punto de hablar.

—Me enamoré de la mujer que me hizo volver a sonreír, la amiga de Natalia, me enamoré perdidamente y hoy quiero pedirle que se case conmigo —todos empezaron a aplaudir y me levanté a tocar las palmas de emoción.

Miré a Bea y estaba llorando de la emoción, Naser se fue hacia ella.

—¿Aceptas casarte conmigo?

—Sí —dijo sin poder dejar de llorar y se fundieron en un precioso beso.

Ese día fue el más bonito de mi vida sin dudas, luego nos fuimos a dormir a altas horas de la madrugada, Abdul me llevaba en brazos, comiéndome a besos, terminamos haciendo el amor de la forma más bella que jamás antes lo habíamos hecho.

Por la mañana desayunamos en el hotel con todos, se fueron despidiendo, estaban llenos de felicidad, a nosotros nos esperaba la luna de miel, salíamos ese día, no tenía ni idea a donde, pero saber que era a su lado, eso ya me hacía de lo más feliz.

Un avión de Tánger a Madrid y de allí directos a las Maldivas.

Me emocioné al ver esa cabaña en el mar, esas aguas cristalinas, cesta de frutas, una isla con todo lo necesario para estar relajados y que no nos faltara de nada.

Pasamos una semana desconectados del mundo, con momentos preciosos, con unos baños entre esos peces de colores que era de lo más fascinante, aquello me pareció todo un paraíso, no se me hizo nada pesado, por mí me hubiera quedado un mes allí, los dos solos, como marido y mujer.

Tras la luna de miel volvimos a Marruecos, aprovechamos para ir a ver al ginecólogo que nos sorprendió con la noticia de que era un niño, un precioso niño.

—Le llamaremos Abdul —dije emocionada.

—¿Eso quieres?

—Sí, sin dudas.

Nos fundimos en un precioso abrazo, ahí empezaba nuestra vida en común, nuestra familia y esos sueños que queríamos cumplir.

Epilogo



Tres años que me casé con el hombre de mi vida, felices con nuestro mini Abdul que ya tenía dos años, ese día fuimos al ginecólogo.

—Es una niña —dijo y me puse a llorar de la emoción.

En seis meses nacería nuestra pequeña Natalia.

Abdul trabajaba en Tánger dos veces en semana, entrenando a los nuevos infiltrados, así que hacíamos vida en España y los fines de semana y vacaciones íbamos a nuestra casa de Chaouen.

La vida nos había sonreído, nos había unido a pesar de todas las barreras culturales y de religión, pero había aprendido que solo eran barreras, aquellas que poníamos el ser humano, aquellas que no nos dejaban amar en total libertad, pero que en nuestro caso, no hubo barreras ni nada que pudiera con ese amor que se forjó un día en la plaza del pueblo y que nos hizo felices hasta el día de hoy.

El amor es eso, romper obstáculos y luchar por los sueños...

